

ATENEEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

27. CALLE DE SERRANO, 27

TELÉFONO NÚM. 3.297

MADRID

TOMO XIII

NÚMERO V

ATENE O 3

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO XIII

MAYO 1912

NÚMERO V

JUNTA DE REDACCIÓN

PRESIDENTE: Segismundo Moret y Prendergast.

y J. Alvarez Quintero, Rafael Andrade, Manuel Antón, Gumersindo de Azcárate, Aureliano de Beruete, Adolfo Bonilla y Sin Ma
Infanta Paz de Borbón, Tomás Bretón, Julio Burell, José Canalejas, Conde de Casa-Segovia, Condesa del Castella, José Echegar
uro Farinelli, J. Fitzmaurice-Kelly, R. Foulché-Delbosc, Eloy García de Quevedo, Edmundo González-Blanco, Rafael María
bra, José Marvá, Gabriel Mañra, A. Morel-Fatio, Conde de las Navas, Miguel de los Santos Oliver, Jacinto O. Picón, Julie Puy
tiago Ramón y Cajal, Blanca de los Ríos, José Rodríguez Carracido, Francisco Rodríguez Marín, Rafael Salillas, Amós Salvado
Joaquín Sorolla, Leonardo de Torres Quevedo, Rafael Ureña, Alfredo Vicenti, Práxedes Zancada.

DIRECTOR: Mariano Miguel de Val y Samos.

SUMARIO

	Página
TER.—Angel Pulido.....	185
RTICIA HISTÓRICA DE LA OBRA DE ESPAÑA EN AMÉRICA.—Rómulo D. Carbia.....	209
CIÓN DE AMOR (poesía).—Cristóbal Pellejero.....	218
VIRGEN DEL OCASO (poesía).—Mariano Ferrer Lalana.....	220
HIJO DE PARSIFAL (conclusión).—Rafael Pamplona Escudero.	

INFORMACIONES

NCIANCERA:	
Las Compañías de navegación alemanas.....	222
BLIOGRÁFICA:	
Siembras, poesías de José Martínez Jerez.—F. de Asís Jiménez Moya.....	223
La gruta, poesías de Ignacio Zaldívar.....	225
BROS RECIBIDOS.....	226

GRABADOS

trato del Dr. Lister (joven).....	199
trato del Dr. Lister (anciano).....	200
trato de D. Rómulo D. Carbia.....	210

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA.—TARIFA DE ANUNCIOS

	Año. — Pesetas.	Número suelto. — Pesetas.	DIMENSIONES	Mes. — Pesetas.	Trimestre — Pesetas.	Semestre. — Pesetas.	Año. — Pesetas.
españa.....	24	2,50	Plana.....	40	100	175	360
			Media plana.....	25	60	100	175
ranjero.....	30	3	Cuarto.....	15	40	65	110
			Octavo.....	10	25	40	70

Los socios del Ateneo de Madrid disfrutan de un 50 por 100 de rebaja en todos los precios de la Revista.

En la Sección Bibliográfica se dará cuenta de todas las obras que se reciban por duplicado.

La correspondencia, á nombre del Director.

Las suscripciones, anuncios, pedidos y reclamaciones, en la

Dirección y Administración: Serrano, 27. —MADRID.—Teléfono 2.297.

La Equitativa de los Estados Unidos

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

FUNDADA EN 1859 ■ W. A. DAY, Presidente.

SUCURSAL ESPAÑOLA DESDE 1882



El hombre que no tiene fortuna propia, sino que vive del fruto de su trabajo cotidiano, no puede abrigar fundadamente la esperanza de proporcionar por los medios ordinarios un porvenir de abundancia para su familia, además del bienestar relativo en que al presente la sostenga.

Pero adoptando hábitos de frugalidad y economía es probable que pueda ahorrar lo suficiente para hacer un seguro sobre su vida que garantice una vejez tranquila para él mismo, ó un mediano pasar para los seres queridos á quienes actualmente protege.

Una póliza de regular importancia se adquiere con un desembolso soportable, y cada año cuesta menos por los dividendos que LA EQUITATIVA reparte anualmente entre sus asegurados.

NOTA.—Si tiene usted la bondad de llenar los huecos del adjunto cupón y remitirlo bajo sobre dirigido á la

Sucursal Española de LA EQUITATIVA

Apartado 16

MADRID

recibirá usted explicación detallada de algunas combinaciones de seguro que habrán de interesarle, adaptadas á su edad y circunstancias especiales.

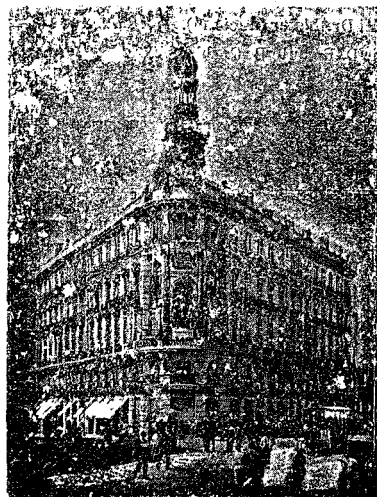
Nombre:

Profesión:

Año, mes y día de su nacimiento:

Fin que perseguiría al asegurarse:

Cantidad anual que dedicaría al pago de la prima:



Autorizado por la Comisaría general de Seguros.

LISTER

Igual que ha sucedido á todas las ciencias y órdenes de conocimientos, cuyo fin principal es el estudio de la Naturaleza en sus fenómenos y en sus producciones, la Medicina ha tenido en el siglo XIX un progreso tan colosal, que ninguno de los pasados siglos puede comparársele. Y aunque los venideros están llamados á proporcionar más grandes maravillas, porque las capacidades y los medios de investigación van desenvolviéndose naturalmente en proporciones geométricas, y con ello irán arrojando cada día frutos más copiosos y descubrimientos más inesperados, el siglo pasado merecerá siempre brillar como uno de los más fecundos, no tanto quizás por el acervo de sus positivas conquistas, que son muchas, cuánto por la fiebre de interrogación, de experimentos, rectificaciones y angustias sublimes del espíritu con que encendió el alma de miles y miles de sabios. ¡Que ello fué necesario para que se lograra sacar la Medicina de los estrechos y equivocados cauces por donde marchaba, y conducirla á campo de más amplias y variadísimas labores, donde todo análisis y discurso se pudieran someter á la esclavitud del hecho y á su más rigurosa comprobación científica, sin dejarse extraviar por los prestigios de abolengas tradiciones filosóficas ni por la seducción de imaginaciones teorizantes!

No se necesita marcar con grandes síntesis la evolución que tuvieron las ciencias médicas durante el siglo entero para sentir el asombro: basta con haber vivido en él buen golpe de años. Por eso los que hemos asistido á los cambios de sus doctrinas y á los renuevos de sus prácticas durante el último tercio de la centuria, sentimos algo parecido al cansancio de la atención y del estudio que sienten los que han contemplado durante muchos años, y en sucesión jamás interrumpida, grandes fenómenos de la Naturaleza y cruentas transformaciones de la sociedad.

Adelantadas las ciencias naturales con peregrinos inventos; aumentados los medios de exploración para penetrar en el estudio y el conocimiento del fenómeno; brotando con asidua colaboración de las ciencias auxiliares de la Medicina nuevas ramas de estudio: por ejemplo, la Histología, la Fisiología, la Higiene, la Biología experimental, etc.; viendo surgir á manera de ignotos continentes donde antes sólo se creía existiera un tenebroso mar sin orillas, ha sucedido que muchas veces las doctrinas derribadas fueron sustituidas por felices creaciones, las cuales, al mismo tiempo que dejaban encantado el espíritu con la flamante luz invenida, le sumían en nuevos desfallecimientos y sobresaltos, porque aquella claridad no había servido más que para deshacer el artificio de un error que había reinado en la ciencia y poner al descubierto otra serie de numerosas y graves interrogaciones. Y es que nunca mejor que entonces pudo apreciarse la exactitud de la tan sabida sentencia de Pascal, que dice: «Es la sabiduría como una esfera sumida en la ignorancia: cuanto más la inteligencia agranda sus conocimientos, mayor es la extensión de su

contacto con lo desconocido.» Y era de rigor que nunca como entonces pudiera sentir el médico aquel conflicto pasional por el cual la satisfacción que le causaba convencerse de que al fin avanzaban por buen camino los gravísimos empeños de su ciencia, se amargaba al ver que en tan homérica lucha la cima con tanto esfuerzo conquistada, en vez de proporcionar la posesión y goce de la suspirada vega, no más había servido que para descubrir una fila de cordilleras más lejanas, cuyo dominio exigía mayores esperas dentro del tormento y nuevas llamadas al sacrificio.

Esto, que ordinariamente sucedía en la Medicina propiamente dicha cuando se anunciaba un descubrimiento en el estudio de la enfermedad, ó un remedio eficaz en la aplicación de la terapéutica, acontecía menos veces en la Cirugía, donde por su naturaleza más material, por su condición más artística, por su dinámica y relaciones más ostensibles, se lograba hacer más eficaz el esfuerzo realizado. De aquí una consecuencia que originaba á menudo rudos debates en las controversias de las Academias y en las relaciones de las doctrinas: el que la Cirugía se mostraba con una altivez en sus juicios y tiranía en las intervenciones no siempre justificadas por la razón, ni bien compadecidas con los respetos que se deben á la majestad y á los sufrimientos del enfermo.

Pero, realmente, si la Cirugía había conquistado aquella autoridad, debía en gran parte á que presentaba en su activo, y frente á las rectificaciones y fracasos que sufría en sus avances la Medicina interna, varios progresos de valor extraordinario, de efecto asombroso, y de esa consagración definitiva que adquiere la verdad sólidamente conquistada. Y entre estos progresos se destacaban los tres conocidísimos siguientes: la anestesia, ó evitación del dolor en los dramas quirúrgicos; la isquemia, ó supresión de las hemorragias ante la marcha del bisturí; y la antisepsia, ó cicatrización sin complicaciones en el proceso reparador de las heridas: tres sublimes adelantos que lograban salvar á la pobre humanidad enferma de otros tres terribles males, los cuales parecían ser tan fatalmente inherentes á sus duelos quirúrgicos como lo es la gravitación á la existencia de todo cuerpo.

Según acontece de ordinario, ninguno de estos tres descubrimientos había nacido espontáneo y debido á un solo autor. Todos tenían sus antecedentes y sus coincidencias. Pero, también como sucede siempre, habían logrado encontrar en afortunados individuos mayor clarividencia y su aplicación más práctica y eficaz, y estos privilegiados seres eran los que habían simbolizado el progreso en sus aspectos fundamentales de la teoría y de la práctica. Por ejemplo: Simpson, consolidando descubrimientos de Jackson y Wells, encarnó más que ningún otro profesor la gloria del maravilloso descubrimiento del cloroformo; Esmarch, la del vendaje isquémico; y Lister, la de la cura antiséptica.

Con los tres descubrimientos la Cirugía realizaba el impulso más grande que conocieron los siglos en el arte de la técnica, en las temeridades de la intervención, en el alivio de los sufrimientos y en el resultado de las operaciones, el cual será siempre el más interesante de la Medicina práctica. No es

fácil expresar el grandísimo avance que con ello se consiguió. Tal fué, que los otros descubrimientos por las demás ciencias y profesiones realizados aparecerían siempre, ante una crítica imparcial y bien documentada, como de importancia inferior para las supremas necesidades de la Humanidad.

Contrayéndose á la obra de Lister, decía ya en 1900 *The Times*, con ocasión de una de las grandes solemnidades públicas hechas en su honor, que su método antiséptico había salvado realmente más vidas humanas que sacrificaron todas las guerras habidas durante la centuria que expiraba. Que desde la completa adopción de su método por los cirujanos japoneses los triunfos habían ido más lejos y habían aumentado su fama. Y que era indudable que por los éxitos obtenidos en la curación de las enfermedades, alivio del sufrimiento y prolongación de la vida, Lister había sido el mayor bienhechor de la Humanidad.

Conmueve tan profundamente la grandeza de esta obra y resplandece con tan extraordinaria luz el feliz mortal que ha podido cumplirla, que, aunque fuera solamente por elemental admiración y gratitud, se debe decir algo en esta cátedra que atestigüe no pasó su muerte inadvertida para el Ateneo. ¡Y qué menos, de significar algún recuerdo, que examinar á grandes rasgos su figura intelectual y moral, conocer las circunstancias principales de su vida, y referir algo de aquella invención quirúrgica que tan maravilloso bien produjo en uno de los mayores infortunios humanos!

¡Hermosa como su obra aparece la vida de Lister! Diríase de ella que podría servir de ideal á los ensueños de los que cifran su dicha en acrecer el tesoro de la ciencia, disminuir los rigores de la desgracia y gozar en los últimos años de la vida la inefable ventura de asistir al comienzo de esa estela de gloria que dejan los mortales cuya frente recibió de los cielos el fuego sagrado de los escogidos.

Nació á la vida en familia cuyo ambiente era idóneo para la intensa formación de un carácter investigador. Modelaron su espíritu en los primeros años profesores eminentes. Recibió en el más apocalíptico escenario de los sufrimientos, que son los malos hospitales, las hondas impresiones que le fijaron el derrotero que había de seguir su destino, y dióse por ello con afán ardiente á descubrir en clínicas y laboratorios la atenuación de la ley implacable del dolor humano. Gozó la dicha de las felices inspiraciones y acertó á señalar su más útil aplicación á los ajenos adelantos. Ganó siendo joven la augusta elevación del magisterio, electrizando con sus palabras y sus hechos las generaciones escolares. Su obra traspasó muy luego las fronteras de una patria inmensa, y recibió al punto el homenaje y la adhesión de los sabios del mundo. Pronto las estadísticas de los hospitales acreditaron con sorprendentes cotejos la obra de progreso que le debían: la ciencia, de una parte, agrandando sus conquistas, y el hombre, de otra, defendiendo existencias perdidas. Uniósse á compañera digna de su condición. Las más ilustres Sociedades sabias del mundo le expresaron su homenaje, y los Gobiernos le rindieron honores nunca

otorgados á médico alguno. Fuéle dado recibir del mundo entero el justo testimonio de la admiración que merecía su obra, y á su vez supo tributar noblemente, sin regateos ni egoísmos, el suyo y la expresión de su gratitud á los autores de quienes había tomado los materiales para sus conquistas. Fueron siempre serenas, honradas y nobles sus convivencias espirituales, como fué incesante, profunda y útil su obra literaria. Resultaron sus inventos prácticos de tal valía, que los cirujanos todos le proclamaron maestro, y con ellos hizo aquellas sinceras rectificaciones que la imperfección humana impone á todos sus inventos, aun los más acertados. Un día, tras larga existencia, abrumado de laureles y rendido á la pesadumbre de los años, retiróse del campo de las activas labores y pudo apreciar la perduración de su recuerdo y los fallos que merecía para las futuras generaciones la obra de sus días fecundos. Por fin, cuando llegó á las glaciales impotencias de una senectud achacosa, falleció sereno, estoico, seguro de haber tenido una vida utilísima á sus semejantes y de haber aumentado con un nombre más la diamantina inscripción de las glorias nacionales. He aquí á grandes trazos las líneas dentro de las cuales se desarrolló la existencia de este grande hombre.

Pero vamos á penetrar más en su biografía.

José Lister nació en Upton, condado de Essex, el 5 de abril de 1827, siendo hijo de José Jackson Lister y de Isabel Harris, de quienes recibió, además de la herencia orgánica privilegiada que le llevó á las altas soberanías de la mentalidad, importantes enseñanzas que sirvieron á la educación de su carácter y al desarrollo de su cultura.

Muy universal era ya la fama de Lister, hijo, cuando en 1870, teniendo edad de cuarenta y tres años, publicó un interesante esbozo acerca de sus padres, donde consignó que en edad temprana de catorce años hubo de abandonar la escuela el autor de sus días para dedicarse al comercio de vinos, sin embargo de lo cual, perseverando en el estudio, pudo completar su educación, adquirir extraordinarios conocimientos en las ciencias físicas y matemáticas, y conocer profundamente la óptica, de la cual fué tan apasionado especialista y respetada autoridad, que hizo progresar la composición del microscopio, dotándole de las lentes acromáticas. El célebre Huxley decía que Lister había usado en el estudio de los tejidos y en el análisis de los productos de la gangrena de hospital un microscopio compuesto, arreglado por su padre. Y de éste afirmaba su hijo haber sido hombre de grande mérito, miembro de la Real Sociedad y autor de adelantos importantes que jamás serán bastante estimados.

Lister, hijo, era cuáquero, y recibió su primera educación en escuela sostenida por miembros de una Sociedad de Amigos en Tottenham, donde fueron compañeros suyos de clase los Dres. Wilson Fox y W. E. Forster.

A su debido tiempo ingresó en el Colegio de la Universidad, en Londres, graduándose de bachiller el año 1847. Estudió ciencias médicas en la Facultad correspondiente del colegio, y terminó sus cursos escolares en 1852, graduándose en la Universidad de Londres. Al año siguiente, 1853, fué admitido miembro del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra.

Los dos primeros años de su vida profesional los pasó realizando una labor intensa y variada para instruirse y educarse con la mayor perfección posible. Sondeó con el ilustre Sharpey, padre de la fisiología británica, los maravillosos misterios de las funciones de la vida, y se impuso con Graham en el conocimiento químico de la materia, al mismo tiempo que exploraba al microscopio la composición elemental de los tejidos, y se unía como ayudante al ilustre cirujano Erichsen y al eminente médico Walshe para foguearse en las rudas batallas de la clínica, bajo sus dobles ramas de medicina interna y externa. De esta suerte procuró abrir desde los comienzos de su carrera los mayores ventanales posibles á las luces que debían ilustrarle. La química, la fisiología, la histología y la práctica hospitalaria eran los más poderosos instrumentos de que había de valerse para la exploración de la verdad. Y con ellos comenzó muy temprano á demostrar las excelentes aptitudes que tenía para ser adalid afortunado del progreso.

Las revistas de las Sociedades consagradas en Londres al cultivo de las investigaciones microscópicas publicaron sus primeros trabajos. Del año 1853 son sus estudios acerca del tejido contráctil del iris, del tejido muscular de la piel y de la circulación del quilo en el mesenterio del ratón. Poco después, en 1857, los *Anales* de la Real Sociedad publicaban sus observaciones acerca de los primeros períodos de la inflamación, el proceso patológico de las heridas, sobre el cual había de concentrar más tarde con genial obsesión sus investigaciones durante muchos años, y de donde había de sacar las luces principales de sus mayores descubrimientos.

Londres, la colosal metrópoli que le había dado su educación escolar, no estaba destinada á ser el campo de sus gloriosas conquistas. Allí se había comenzado á desarrollar su espíritu médico, y allí había de volver más tarde, anciano ya, á recibir los premios y consagraciones de sus portentosos merecimientos; pero el teatro principal de sus batallas no se hallaba en Inglaterra: estaba en Escocia, á cuyas dos ciudades más importantes, Edimburgo y Glasgow, reservaba la fortuna acogerle en su seno y proporcionarle con sus hospitales y sus cátedras los elementos necesarios para el cumplimiento de su destino.

Y á Edimburgo fué; á esa bella capital escocesa, donde venían brillando tantas lumbreras de la Medicina en su famosa Escuela Médica, á las cuales saben honrar sus hijos, porque en la vía más principal y suntuosa de la ciudad, al lado de los monumentos erigidos al fecundo Walter Scott, al intrépido explorador africanista Livingstone y al ilustre bienhechor de la ciudad Adam Black, se alza la estatua del inmortal Simpson, el ya citado ginecólogo, descubridor de la acción anestésica general por el cloroformo, á quien la Humanidad toda, y singularmente la mujer, debieran prodigar estatuas de oro por los grandes adelantos que logró imprimir al estudio y curación de sus más dolorosos padecimientos.

Lister había llevado recomendaciones, entre ellas las que le diera el famoso Sharpey, su maestro, y pudo ponerse al lado de una de las más ilustres figu-

ras de la Medicina escocesa, el Dr. Syme, tenido por el más hábil cirujano de su tiempo, quien le acogió con profundo cariño, le hizo su ayudante, asociándole á sus trabajos, y le acabó de desarrollar, con sus magistrales enseñanzas dadas en la Real Enfermería, las privilegiadas aptitudes que le adornaban.

Gran bienhechor de Lister fué Syme, en verdad, pues en su hogar no sólo encontró aquella noble hospitalidad y preciosas lecciones que tan importantes le eran, sino que muy pronto encontró también en una hija su adorada compañera, á la que se unió en 1856. Con ella gozó durante largos años de una felicidad completa, pues era esposa digna de él y tan adecuada á la satisfacción de sus necesidades espirituales y profesionales, que pudo ser por igual vergel de amorosos deleites en el hogar y colaboradora utilísima de sus trabajos en el laboratorio. Fué asaz conocido lo mucho y bien que le ayudó en su obra científica.

Lister desplegó actividad infatigable durante los pocos años que transcurrieron desde su llegada á Edimburgo y su nombramiento para la cátedra de Cirugía en la Universidad de Glasgow en 1860. El laboratorio, la clínica, la experimentación en animales, los trabajos con Syme, las hondas meditaciones y abundantes escritos sobre los delicados asuntos que tenía en estudio, absorbían toda su existencia y agobiaban su espíritu con hondos afanes. En la relación de sus escritos corresponden á este período de su vida varios de ellos, que acreditan la diversidad de sus empeños y la compleja preparación con que abordaba los problemas clínicos que habían de recoger después los frutos más positivos de sus esfuerzos. Citaremos como principales la estructura de la fibra de los músculos voluntarios, la gangrena espontánea por arteritis, las causas que producen la coagulación de la sangre en las enfermedades de los vasos sanguíneos, el sistema pigmentario cutáneo de la rana, y los estudios acerca de las funciones del sistema nervioso que regula la contracción de las arterias y de las funciones de los nervios viscerales, principalmente con referencia al llamado sistema inhibitorio.

Sorprendê bastante esta variedad de asuntos, en los cuales se advierten sus entusiasmos por la fisiología, debidos á sus tratos con Sharpey, quien hubo de influir poderosamente en la selección de sus primeras aficiones. Y sirve mucho la noción de esta su vasta cultura para comprender el proceso mental con el cual iba preparando la ilustración de los fenómenos íntimos de la curación de las heridas.

Las cuestiones que abordaba, la riqueza de sus conocimientos, las aptitudes diversas de sus facultades, el acierto y actividad de sus actos, los atractivos de su carácter, sencillo, risueño y bondadoso..., todo contribuía á distinguirlo, fijando en él la atención de sus compañeros con sentimientos de admiración y de cariño.

Un colega que ganó después también merecida fama, el profesor Annandale, ha publicado recuerdos de las impresiones que por entonces producía Lister entre los estudiantes, y da una buena idea de la vida intensa que lle-

vaba. Sus investigaciones sobre la coagulación de la sangre en las arterias las hacía con experimentos en el Matadero, en el Colegio de Veterinaria y en su casa particular, cuidando de tener rigurosa exactitud en sus procedimientos.

Poseía envidiable maña y agilidad para todo género de maniobras, las cuales brillaban á veces en los más difíciles trances quirúrgicos.

A este propósito refiere dicho doctor la singular pericia con que Lister ayudaba á Syme en sus operaciones. Cierta vez abría este eminente cirujano un aneurisma traumático producido en la arteria carótida izquierda, y Lister se encargó de prevenir la hemorragia comprimiendo con sus dedos el cuello por encima y debajo del punto herido, haciéndolo con tal arte, que el maestro pudo realizar á la perfección su obra y salvar dos vidas: la del sujeto operado y la del individuo que le había herido, el cual hubiera sido condenado á la horca si el paciente se muere.

Como prueba de lo innovador y hábil que era en la Cirugía manual se puede citar un caso de carcinoma de la mama, con infarto de los ganglios todos de la axila, que fué declarado inoperable por Syme y Paget, siguiendo la creencia general. Convencido Lister de que la operación no presentaba dificultad insuperable en el cadáver, extirpó el pecho, y por vez primera en la historia de las intervenciones quirúrgicas vació la axila de sus ganglios, dividiendo el pectoral mayor en toda la clavícula y cortando enteramente de través el pectoral menor. La enferma curó bien y vivió tres años, muriendo de una reproducción en el hígado.

Esta primera etapa de Lister en Edimburgo debió de ser la más idílica y feliz de su existencia. Gozando de espléndida juventud; alborotada su fantasía con seductoras ilusiones; enardecidas sus actividades con la fiebre de los experimentos y la investigación de los secretos del cuerpo humano, en los estados de salud y de enfermedad; emocionada el alma con las puras impresiones que despiertan los primeros pasos en el magisterio, gracias á la enseñanza de la Cirugía que daba por medio de cursos libres en la Escuela Superior de Yard; viendo por delante un camino largo, lleno de triunfos y de recompensas; ayudante predilecto de la gloriosa personalidad de Syme; unido á una mujer adorada y cuyas selectas cualidades le garantizaban una felicidad duradera; dotado de carácter afable y sencillo, que le hacía popular entre los estudiantes, á los cuales gustaba recibir y festejar en su casa; distinguido ya como figura preeminente entre sus compatriotas y solicitado de los extranjeros para que les acompañase á la clínica de Syme; sano, fuerte y con espíritu jovial, que le permitía saborear la existencia como si fuera un delicioso festín, ¡ah!, realmente, este período de la brillante carrera de Lister aparece como una primavera seductora, henchida de sanos encendimientos, armonías y fragancias, digno comienzo de la vida larga y sublime que había de gozar.

Nueve años permaneció Lister en Glasgow desempeñando la cátedra de Cirugía de la Universidad, y asistiendo como cirujano á la Enfermería Real

desde el año siguiente al de su llegada, y en este período de tiempo realizó lo más sobresaliente de su obra: la invención del método antiséptico.

Fueron los primeros años de su estancia dedicados á la preparación de ideas, al acúmulo y condensación de elementos. Su espíritu analizaba severamente las doctrinas de los gérmenes atmosféricos y de las fermentaciones, que esbozaron los experimentos de Tyndall en Inglaterra y los de Schultze y Schwan en Alemania, las cuales doctrinas adquirirían entonces irrefutable y esplendorosa demostración gracias á los trabajos de Pasteur en Francia, y con ellas explicaba los fenómenos y transformaciones que experimentan los tejidos en el campo cruento de las heridas, ya sean éstas accidentales, ya realizadas por mano del operador.

Pero no se puede apreciar bien el alcance de su invento sin recordar antes algo el estado de la Cirugía operatoria, que vino aquél á reformar en los hospitales.

Ocurría entonces lo siguiente:

Las heridas que dejaban al descubierto superficies cruentas, fuesen traumáticas ó quirúrgicas, no llegaban á cicatrizar sino pasando necesariamente por un proceso lento y difícil de reparación de tejidos, donde la inflamación, la supuración, la erisipela y la gangrena llamada de hospital provocaban, cuándo una, cuándo otra, gravísimas complicaciones que terminaban á menudo en la muerte. Aquella curación pronta y limpia llamada de primera intención era extraordinariamente rara. Se tenía la inflamación de la herida por un efecto fatal, inevitable, del oxígeno atmosférico, y no se pensaba siquiera que la Naturaleza ni el arte pudieran impedir lo que constituía un proceso reparador forzosamente necesario. Las complicaciones eran los azotes terribles de las clínicas y salas de Cirugía, y sus epidemias desarrollaban á veces tanto estrago, que sumían en profundo terror á los pobres enfermos. Las clínicas se convertían en lugares dantescos, cuya visita angustiaba y desfallecía los ánimos más desaprensivos. Una atmósfera hedionda y mareante, producida por las secreciones de las heridas putrefactas, hacía inabordable las salas. Cuantas precauciones se adoptaban para impedirlo eran inútiles. Los tópicos más enérgicos, las curas más esmeradas, las artes operatorias más hábiles, todo fracasaba. Siempre que la gangrena infectaba una enfermería, no había modo de expulsarla. Más de doscientos años duró en el antiguo hotel Dieu, de París, y sus efectos eran tales, que, con motivo de ella, decía un ilustre autor francés que quien asistiera á un hospital podría aprender las diferentes formas de incendiar, operar y tratar las heridas; pero no aprendería el modo de curarlas. Habíase observado que cuando en las fracturas la piel se conservaba intacta, bastaba reducirlas y aplicar un aparato sencillo de contención para que la cura sobreviniera pronto y bien. Pero cuando había una herida que comunicaba con los huesos fracturados, aunque el accidente fuera por lo demás menos grave, aquélla tomaba un carácter alarmante, y por ello sucedía que hasta los cirujanos más afamados, incluso el mismísimo Syme, ante las fracturas complicadas, preferían hacer desde luego una amputación, convencidos

de lo inútil y expuesto que era querer conservar el miembro. La sangre se alteraba, grave putrefacción envenenaba las heridas, y sobrevenía la muerte. Lister vió morir en dos días un fracturado de pierna, como si hubiera absorbido un tóxico violento.

Y estas complicaciones, desarrolladas cuando la Cirugía anhelaba ser más invasora y activa que nunca, cuando el prodigioso descubrimiento de la anestesia general, haciendo los enfermos insensibles al dolor y dando mayor calma y serenidad á los cirujanos, les estimulaba á que abordasen las intervenciones más arriesgadas y difíciles de la operatoria, producían una justificada desesperación, de la cual no se libraban ni las eminencias quirúrgicas más célebres, como los Dupuytren, los Lisfranc, Velpeau, Gosselins, quienes inútilmente se preguntaban el porqué de sus reveses inevitables.

A veces el desaliento ganaba hasta los profesores más hábiles y resueltos, y se prefería una expectación conservadora á una intervención mortal. El mismo Lister, en los comienzos de su práctica, avergonzado de sus fracasos en la Enfermería de Glasgow, se limitaba á recibir casos de fracturas simples, aunque fuesen de poco interés, porque siquiera disminuían la proporción de las complicaciones mortales.

¡Tal era el estado general de la Cirugía cuando nuestro hombre se hizo cargo de uno de los servicios de la Enfermería Real de Glasgow, cuyas salas estaban reputadas de ser las más insalubres del Reino! ¡Y tal era el destino de los millones de seres á quienes los accidentes de la vida y las exigencias de sus enfermedades imponían la espantable necesidad de ser operados!

Pues bien; esta situación que existía al comenzar la séptima década del siglo pasado, cambiaba radicalmente pocos años más tarde. Los que aún pudimos contemplar en hospitales malos los cuadros póstumos de aquel linaje, éramos los más sorprendidos con los nuevos aspectos de la Cirugía llamada listeriana.

Había desaparecido, aun de las salas peor acondicionadas, la atmósfera letal donde se respiraban, y hasta parecían mascarse, las saturaciones miasmáticas que despedían los enfermos.

Desde los primeros días siguientes al de la operación presentaban aquéllos un aspecto despejado, tranquilo y sonriente, que atestiguaba, aun vistos á distancia, la falta de fiebre, insomnios y dolores.

Los apósitos, esmeradamente colocados sobre las regiones afectas, se mantenían secos y limpios, demostrando que carecían de supuración y de fluxiones empapantes.

Las curas se practicaban de tarde en tarde, y era frecuentísimo, al retirar el material suyo, encontrar las heridas bien cicatrizadas, y los enfermos dispuestos á recuperar pronto su vida ordinaria. Asombraba el enorme ahorro de sufrimientos y de días de cama con que se beneficiaban los pacientes, y las exiguas proporciones á que se había reducido la mortalidad, aun tratándose de casos sometidos á extirpaciones en cavidades peligrosas y difíciles. Los ci-

rujanos se habían lanzado valientemente á las más temerarias intervenciones que su ingenio y sus nobles afanes de progreso les sugerían. La cirugía del vientre, del pecho y de la cabeza adquiría en breve tiempo un desarrollo sorprendente, y ya no hubo órgano, fuesen cuales fueran su importancia, sitio y relaciones de vecindad, con quien no se atreviese el bisturí, para extirparlo, resecarlo ó modificarlo en los mecanismos de sus funciones y en la relación con los órganos vecinos. Los métodos anestésicos fueron sometidos á importantes estudios y reformas, y la práctica de la Cirugía, que antes era monopolizada por contados aristócratas-médicos de los hospitales ó de la cátedra, se democratizó, pasando á ser dominio de todos los profesores resueltos, por humildes que fueran. Y así se vieron brillar en las pequeñas poblaciones, y aun en los mismos partidos rurales, cirujanos que aportaban sus estadísticas felices al fondo común de la literatura médica. En fin, contando con las garantías de una tolerancia orgánica que parecía absoluta en fuerza de mostrarse incondicional, hubo quienes consideraron que eran ya de orden inferior requisitos y capacidades del cirujano que habían siempre sido tenidos por esenciales. Los miembros de la Real Academia de Medicina de Madrid que contamos en ella algunos años no olvidaremos cierto debate que resultó excepcional, por lo apasionado que fué y por la altura del tema que se discutió, en el cual una ilustre figura de la Cirugía española, ya desgraciadamente muerta—la cual sobresalía por su cultura, sus innovaciones y su ingenio—mantuvo con ardor la tesis de que el conocimiento anatómico de las regiones y la habilidad en el arte operatoria habían pasado á ser cualidades secundarias desde el momento en que una antisepsia escrupulosamente practicada aseguraba la pronta cicatrización de las heridas sin complicaciones.

Pues este cambio fué debido á la aplicación del método antiséptico, que nació como nacen todos los descubrimientos: rudo, imperfecto y con perjudiciales demasías; que fué luego criticado, simplificado y reformado por su mismo autor; que pasó más tarde á ser transformado en sus procedimientos físicoquímicos, aunque mantenido con rigor en el principio microbiano á que debió su origen, y que aparece hoy buscando en nuevas doctrinas de vacunación y seroterapia cambios más radicales, que no sabemos si logrará algún día.

Cuando se examina el total acervo de ensayos y de discursos con los cuales Lister inventó y reformó su método, aprovechando los memorables descubrimientos de Pasteur sobre la acción causal de los gérmenes del aire en el desarrollo de las fermentaciones; los experimentos que él mismo hizo durante los años que precedieron al de 67, en el cual dió á luz sus primeros trabajos sobre el tratamiento antiséptico con el empleo del ácido fénico; y las doctrinas de Conheim, Koth, Metchnikoff, Behring, Roux y otros muchos sabios de laboratorio, que tanto influyeron en sus convicciones y en las reformas de su primera doctrina antiséptica, el ánimo se impresiona ante este caudal de trabajo y pasa por sentimientos distintos que descienden desde las emociones de lo sublime á los más frívolos comentarios, hasta que concluye dejando la impre-

sión de que todo se reduce á una verdad sencilla, á un fenómeno claro como la luz meridiana, cuyo desconocimiento sorprende que haya perdurado por tantos siglos. Es la impresión que dejan de ordinario hasta los más grandes descubrimientos, como el de América, la imprenta, la aplicación del vapor, etc., una vez que se condensa en fórmula sencilla la razón científica de su existencia, y la que explica por qué de ordinario no suelen ser los hombres más intelectuales, más sabios ni de más profundo pensar, los autores de los más grandes inventos.

A vuelta de ingeniosas observaciones microscópicas y de complejos discursos, se destacan las siguientes líneas fundamentales de la doctrina: Lister fijó su atención en el hecho de que las fracturas simples, donde los tejidos desgarrados no se ponían en contacto con el aire, se curaban bien y sin supuración, al revés de lo que sucedía en las fracturas complicadas con heridas, y creyó, como era general creencia, que el aire causaba las inflamaciones supuratorias, porque su oxígeno alteraba la sangre, descomponiendo los productos animales y vegetales. Pero Pasteur, desarrollando trabajos anteriormente experimentados por Cagniar de Latour y por Schwan sobre la composición de las levaduras y la fermentación alcohólica, demuestra que las fermentaciones se deben necesariamente á gérmenes que residen en el aire, y entonces Lister recibe la luz de estos hechos, aplica su enseñanza á la supuración de las heridas, y se convence de que no es ya el oxígeno, ni otro gas alguno del aire, lo que produce dicho efecto, sino que son esos mismos gérmenes. Sentado este principio, deduce ya la más esencial de las indicaciones terapéuticas: impedir que los gérmenes repupulen. ¿Cómo? Destruyéndolos. ¿Con qué? Con una substancia que pueda matar los microbios exteriores al cuerpo humano sin alterar los tejidos de éste. Había oído hablar del ácido fénico como de una substancia que ejercía poderosa acción desinfectante sobre las aguas de las alcantarillas, y pidió á Anderson, profesor de Química de la Universidad de Glasgow, que le proporcionara una muestra de aquello, que no conocía sino como una curiosidad de laboratorio. Aplicólo á la herida, con un vendaje que le permitiera renovar la curación, y tuvo la alegría de ver que se curaba pronto y bien, dejando la piel intacta.

He aquí los hechos germinales de la antisepsia, de los cuales se derivaron después todos los desarrollos del método, comenzando por infantiles rudezas primitivas. Consistió éste en emplear soluciones antisépticas fuertes, con una serie de precauciones rigurosas y de tratamientos previos (que habían de ser aplicados á cuanto pudiera ponerse en contacto con el enfermo y dentro de su área operatoria, es decir, piel del enfermo, manos y vestidos de los operadores, instrumentos, esponjas, material de curas, atmósfera circunyacente, etc., etcétera), para impedir que se pudieran depositar en las superficies cruentas de las heridas gérmenes vivos que no fuesen destruídos en seguida por la acción del ácido fénico ó la de otras substancias microbicidas, pues sucesivamente, y en número considerable, se fueron preparando muchas; por ejemplo: el sublimado corrosivo, el cianuro doble de cinc y de mercurio, el oxicianuro de

mercurio, el permanganato de potasa, el permanganato de cal, el iodoformo, etcétera, etc.

No huelga advertir que los dos motivos primordiales del método antiséptico: el evitar que las heridas se corrompiesen por el contacto del aire, y el que su curación se hiciera en buenas condiciones con el empleo del ácido fénico, habían tenido ya iniciadores en Francia. Efectivamente; el profesor Guerin, meditando sobre los experimentos concordantes de Tyndall y de Pasteur acerca de los gérmenes del aire, había propuesto hacía años sus curas de algodón, las cuales consistían en proteger muy cuidadosamente las regiones operadas con gruesas capas de algodón en rama puro, disponiéndolas y apretándolas con numerosas vueltas de anchas vendas para que el aire llegase á la herida bien filtrado y limpio de todo germen. Y también en Francia los Dres. Declat y Lemaire aplicaban por los años de 1860 á 1863 el ácido fénico á la curación de las heridas, con excelente resultado. Había imitado al primero el gran Maisonneuve, un habilísimo cirujano del hotel Dieu, también con buen éxito. De suerte que, en rigor, es justo consignar que la doctrina antiséptica se esbozaba ya en Francia años antes que tuviera cumplida presentación y eficaz desenvolvimiento en Escocia, por obra de Lister, el año 1867.

Los trabajos de este cirujano en Glasgow fueron acometidos con entusiasmo extraordinario. Si en Edimburgo, al lado de Syme, habían tenido su período de preparación, en Glasgow realizaban el de los estudios maduros, el que producía ya los inventos, la propaganda y la lucha contra los prejuicios, rutinas y enemigas de las resistencias conservadoras. Las principales publicaciones de este tiempo, igual que fueron todas las suyas, son escritos cortos, monografías, exposición ceñida de observaciones y experimentos que recaen casi siempre sobre los principios del tratamiento antiséptico y el empleo del ácido fénico, llamado por él ácido carbólico. Fueron publicados estos trabajos en las acreditadas revistas *The Lancet* y *The British Medical Journal*, y examinándolos se advierte, por la repetición de los motivos, la obsesión tenaz de la idea madre, el afán por las novedades del laboratorio y el entusiasmo por los éxitos clínicos, que Lister vive en el convencimiento hondo y seguro de poseer una verdad por él conquistada. Sus triunfos en la curación de las fracturas compuestas le llevaron á emplear después el método contra los grandes abscesos y la cirugía de las articulaciones. Poco á poco lo fué aplicando á las heridas de todas clases. En aquella Real Enfermería, cuya severa fachada de cinco pisos, sólida y oscura construcción de fines del siglo XVIII, impresiona con dureza al visitante, y donde asistía las salas de Cirugía más mortíferas del Reino, tuvo la extrema satisfacción, el nobilísimo orgullo de ver cómo había vencido terribles enemigos del enfermo, desterrando para siempre las plagas de aquellas complicaciones de las heridas que arrebatában los operados.

Sus salas se diferenciaban de las de sus compañeros por su limpieza y sus estadísticas. Las heridas se curaban pronto y sin complicaciones, aunque á poca profundidad de su clínica había enterrados muchos cuerpos de individuos muertos del cólera. En 1867 pudo presentar ya á la Asociación Médica Britá-

nica una relación que acreditaba no había tenido un solo caso de pihemia, erisipela y gangrena durante los nueve meses anteriores. Y aunque Lister fué siempre cirujano de mucha limpieza, cualidad no común entre los operadores entonces, y recomendaba lavarse á menudo las manos después de cada cura, hacía mucho consumo de toallas limpias, de las cuales había numerosas pilas en su clínica, é irrigaba con abundancia las heridas, como esto nunca había librado de las complicaciones á sus operados, y, además, sus salas del hospital no podían disfrutar de ambiente puro, porque tenían cerca focos de putrefacción, hubo de atribuir los brillantes resultados obtenidos al empleo de los medios dispuestos para combatir los agentes invisibles de las infecciones.

La jubilación de Syme, su glorioso padre político, le hizo volver á Edimburgo en 1869 para explicar la cátedra de Clínica quirúrgica que aquél desempeñó, y allí continuó la obra tan felizmente comenzada en Glasgow.

Ya su doctrina había traspasado las fronteras y era conocida de todos los cirujanos, siendo aceptada por los más y combatida por los menos. Cuando la guerra francoprusiana se la empleó en los campos de batalla, y produjo los excelentes resultados que se esperaban. Pero no por eso los adversarios todos se rindieron, siendo los nacionales los que, influídos por el espíritu conservador propio de aquel pueblo, se mostraron más tenaces enemigos y le hicieron más oposición. Entre éstos figuraban algunas eminencias, cuya autoridad era con justicia de todos respetada. Sir James Simpson escribió un largo artículo para probar que Lister no era el primero que había empleado el fenol, y que su método no era original. Sir William Savoury, el más elocuente cirujano de su tiempo, que gozaba la inusitada distinción de haber sido presidente del Real Colegio de Cirujanos durante cinco años sucesivos, ridiculizaba el sistema antiséptico. Lawson Tait, el más grande y más original ginecólogo de entonces, adoptaba la misma actitud. Se estaba ya en 1874, y todavía decía un presidente de Corporación: «No tenemos nada que hacer con Lister; es un hereje sin esperanza.» Pero Lister, con la misma serenidad y la propia fe que mostraba Darwin frente á los impugnadores de su doctrina, no descendía á la controversia, y proseguía imperturbable sus estudios, sus experimentos, sus demostraciones, sus escritos breves y geniales y sus propagandas en la clínica y en los Congresos. Confiaba en su verdad, y esperaba convencer á los incrédulos algún día.

Las clínicas extranjeras, por ser menos apasionadas, eran menos hostiles, y recibían sin prejuicio sus innovaciones y las ensayaban. Alemania, no obstante su altivo espíritu germano, fué de las más pronto convencidas, y algunas de sus enfermerías y de sus más célebres operadores, siendo uno de ellos el afamado Volkmann, le proporcionaron triunfos ruidosos. Por ejemplo: en el grande hospital General de Munich la gangrena había adquirido de año en año tal desarrollo, que se había llegado á una proporción aterradora de 80 por 100 de heridos atacados de estas complicaciones. Inútilmente el célebre Nussbaum, que le dirigía, había hecho lo posible por contener el azote. Las autoridades

habían pensado ya en demoler el edificio y reconstruirle, cuando Nussbaum resolvió enviar el Dr. Lindpainter, su principal colaborador, á Edimburgo, para estudiar los detalles del sistema que practicaba Lister. Una vez conocido se le empleó en Munich, y desde entonces cambiaron las cosas: no se volvió á ver un caso de pihemia, erisipela y gangrena en aquel hospital, antes tan infectado.

La obra que realizó Lister en la capital de Escocia no fué menos fecunda y notable que había sido la cumplida en Glasgow. Su prestigio era ya universal; su nombre, popularísimo; su método se aplicaba por todas partes, y el imperio de su doctrina era tan soberano como no se recordaba hubiere llegado á serlo el de ningún otro médico, tan pronto, ni en empresa parecida. Mas no por ello cedían sus afanes investigadores, y vivía consagrado con febril actividad á estudiar reformas de su método. A tal grado recaía toda su labor sobre este motivo, que entre su discurso de introducción leído en la Universidad de Edimburgo el 8 de noviembre de 1869 y el análogo que había de pronunciar el año 1878 en el Colegio Real de Londres, cuando ya se trasladó á la metrópoli inglesa, la colección de sus escritos contiene diez y ocho trabajos publicados en diferentes revistas (*Lancet*, *British Medical Journal*, *System of Surgery*, *Edim. Med. Journal*), y todos ellos atestiguan la misma preocupación: siempre el método antiséptico, estudiándolo, ya en sus avances y nuevos detalles, ya en sus efectos sobre la salubridad de los hospitales, ya en sus aplicaciones sobre la cirugía de campaña, como la guerra de 1870, ya en sus resultados con relación á la cirugía de los huesos y de las articulaciones, ya profundizando en el conocimiento de los gérmenes de la putrefacción y el estudio complejo de varias fermentaciones, etc.

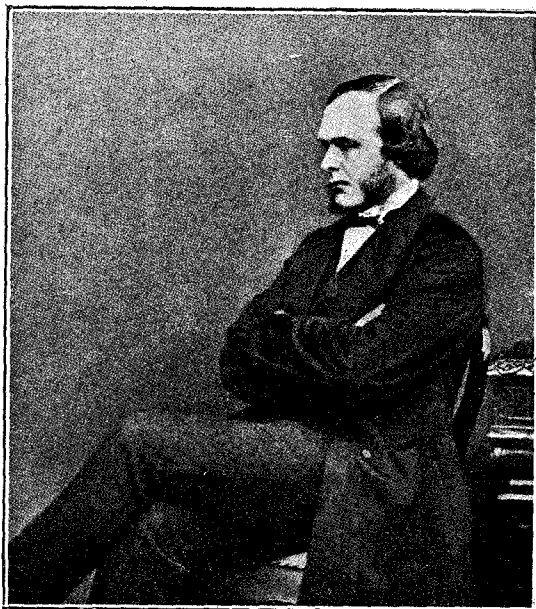
En esta época fué cuando su fama de catedrático atrajo más concurrencia, y cuando brilló más hecha y poderosa su fisonomía psicológica y su ministerio docente.

Sir W. Watson Cheyne, que asistió á las lecciones que dió durante el curso de 1872 á 1873 y en el verano de este mismo año, refiere la impresión que le produjo como maestro y como clínico, y la razón del entusiasmo y admiración que inspiraba á sus oyentes. Sus lecciones eran seguidas por una concurrencia extraordinaria. El anfiteatro de la vieja enfermería, aunque daba cabida á crecido número de estudiantes, se llenaba los días de conferencia, y había que correr, al final de la clase de la Universidad, á mediodía, para conseguir un asiento en la suya. Este entusiasmo duró hasta el fin de sus trabajos en Edimburgo.

Sus lecciones eran interesantísimas, así por la explicación como por la importancia de la materia; es decir, por su fondo y su forma. Su tratamiento preferente se enderezaba á combatir el peligro de las enfermedades infecciosas. Difería su doctrina de la que se escuchaba en otros cursos, y la revolución que producía en la práctica quirúrgica era tan completa, que arrastraba, seducidos, muchos entusiastas apóstoles, haciéndoles continuadores de su obra. Uno de los encantos de sus lecciones era que enseñaba á pensar, que no decía cosas

corrientes. Exponía una patología nueva, y practicaba, como consecuencia, un tratamiento también nuevo, procurando siempre razonar lo que había observado y que la terapéutica estuviera de acuerdo con las conclusiones que se deducían de sus discursos. Gustaba que los discípulos conversaran con él y le preguntasen sus dudas. Decía Mr. Lenthal Cheatle que consultarle sobre una dificultad era proporcionarle ocasión de interesantes enseñanzas. Colocaba la dificultad en su debido sitio y proporción, y, partiendo de ella, avanzaba hasta donde se lo permitían los límites del conocimiento positivo y los de la especulación. Sus observaciones y deducciones eran después una fuente de comentarios y de argumentos entre los estudiantes. «Se puede comprender—dice—el efecto que había de producir en Inglaterra una Cirugía tan por extremo nueva entre los dominios de la antigua.»

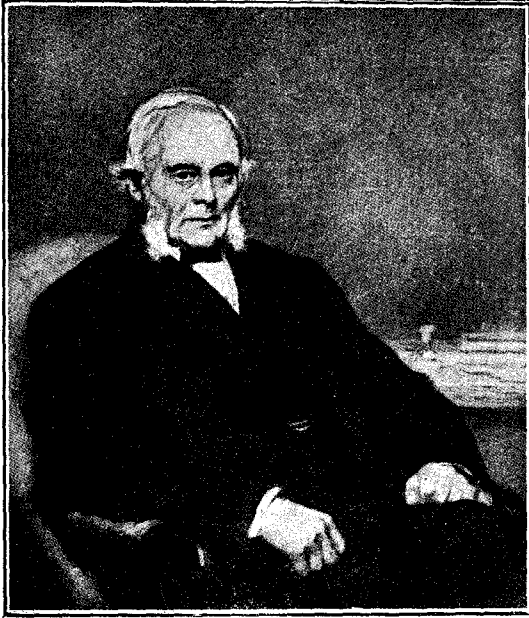
Fué, sin duda, esta época la más gloriosa de la vida de Lister. El árbol había alcanzado su máximo desarrollo y producía un fruto copioso y excelente. Brillaban en el inventor esa probidad y elevación de miras que son el primer atributo de los seres cercanos á la perfección. Después de los trabajos de Conheim y Metchnikoff, que demostraron las defen-



Dr. Lister (joven).

sas bactericidas de la fagocitosis contra las invasiones microbianas débiles, y de los de Behring y Roux, que descubrían en el suero sanguíneo las secreciones neutralizantes de los envenenamientos de la sangre causados por las toxinas, juzgó ya con menos severidad las infecciones leves debidas á gérmenes inofensivos del aire, y preparó la reforma de su doctrina por camino de la asepsia, aligerando sus curas de tópicos y de pulverización, pero manteniendo siempre los principios fundamentales de limpieza y esterilización que requería la antisepsia. Al fin y á la postre, una y otra, la antisepsia y la asepsia, no expresaban sino aspectos equivalentes de una misma doctrina. Eran, es cierto, dos procedimientos distintos, químico uno y físico otro, pero aplicados igualmente al propósito de conseguir un fin único y esencial: destruir los gérmenes, bien por sustancias químicas, bien por el calor. El gran paso que era necesario dar, ya dentro de este cometido, no podía ser otro sino preservar el organismo humano de las infecciones, pero evitando alterar la estructura y vitalidad fisiológicas de los tejidos con acciones enérgicas. Surgían antiguas

ideas bajo nuevas formas. La Naturaleza venía á ser casi siempre la gran curatriz. Sus medios defensivos y reparadores naturales eran importantísimos, y el ideal no había de ser otro que el de colocarla en las mejores condiciones posibles para que destruyera los microbios infecciosos que la invadieran, neutralizara las toxinas que la envenenasen, regenerase sus pérdidas de substancia y cicatrizase sus heridas sin perturbaciones de ningún género, y fuesen cualesquiera las procedencias de estas alteraciones.



Dr. Lister (anciano).

Sin duda, uno de los más grandes méritos de Lister como explorador era el de apresurarse á rectificar sus errores, aceptando noblemente las enseñanzas que procedían de otros hombres de ciencia. No profesaba más que un culto: el de la verdad. Y no perseguía más que un fin: el alivio de la humanidad doliente.

Por ser tales sus sentimientos, seguía con interés la obra de los demás sabios y aceptaba, siempre agradecido, la colaboración de quien quería ayudarle. Cuando observaba que otros métodos y descubrimientos representaban un progreso sobre los suyos, en seguida los acogía, y rendía á sus autores la merecida justicia. La modestia y la rectitud ponían en

sus labios alabanzas para todos. Watson Cheyne dice: «Durante mi larga asociación con él nunca le oí hablar mal de nadie.»

Esta hermosa ponderación de sus facultades como sabio armonizaba con otros muy nobles sentimientos como cirujano, como profesional y como persona.

Fué operador hábil, sereno y prudente. De ordinario su maniobra era pausada; pero cuando había que llevarla con rapidez, acreditaba ser todo lo veloz que necesitaba. Un día extrajo dos cálculos vesicales en treinta y dos segundos; los presentes se maravillaron con esta destreza y aplaudieron. Lister se volvió hacia ellos y les dijo: «Señores, señores, recuerden dónde están.» Era una observación propia de aquella modestia que sintió durante toda su vida, y que le hizo, en edad avanzada, comenzar uno de sus más importantes escritos rindiendo culto á los trabajos de Pasteur, y diciendo acerca de los que eran propios las siguientes delicadas frases: «Se me ha solicitado muchas veces que expusiera al público la parte que yo he podido tener en la transformación que evoco; pero me he negado hasta ahora, en parte porque los deta-

lles son puramente técnicos, y principalmente porque sentía una repugnancia invencible á hablar de mí. Esta última razón ha perdido su importancia desde que ha venido la edad que me da derecho á dejar á personas más jóvenes la práctica de mi amadísima profesión.»

Tenía aquel dominio de sus nervios que debe poseer todo buen cirujano para ocurrir á los terribles accidentes dramáticos que brotan á menudo en la mesa de operaciones. Los que hemos practicado la cirugía al lado de grandes maestros sabemos muy bien cuántas veces un mediano operador procura disimular el desasosiego que sufre con alardes extraños de serenidad, manifestados por mandatos intempestivos, regaños á los ayudantes, cantos, etc., y otros actos de este linaje impropios de la ocasión. Lenthal Cheatle, que fué ayudante suyo, refiere un episodio que nos ha hecho recordar la naturalidad y el sereno arte que admirábamos en nuestro habilísimo doctor Velasco, el fundador del Museo Antropológico de Madrid. Extirpaba Lister un pecho, y al intentar Cheatle asegurar con pinzas de Spencer Wells una arteria intercostal, llevó las puntas sobre la pleura, la perforó, y produjo una herida seguida de neumo-tórax, á pesar de que en seguida aplicó el dedo. Esperaba una dura reprimenda por su descuido; pero Lister no dijo una palabra: dió un suspiro profundo, miró al ayudante sin conmoverse, y cortando en seguida una pequeña cantidad del periostio de la costilla más inmediata, tapó la cavidad formada. Aquel accidente fué remediado sin perder un momento, sin decir una frase, y sin aplicar á su atolondrado autor otro correctivo que dirigirle una mirada y exhalar un suspiro.

Poseía una gran bondad de carácter y en alto grado otra cualidad de la que jamás debiera carecer ningún cirujano: un corazón sensible. El reverendo Sidney Thelwall, vicario de Radfford Semele, refería haberle oído decir un día: «Cuando se me pregunta cuál es el primer requisito que debe tener el cirujano, contesto siempre: un corazón sensible.» Y añadía: «El pueblo no siempre lo cree así; pero así es.» Y es verdad; porque el cirujano es uno de los seres que en sus tratos con los semejantes puede prodigarles ó prevenirles más el dolor. Frecuente es verle de corazón tan duro, que parece insensible al sufrimiento ajeno. Aun sin descender á casos de perversidad sádica que debieran caer dentro de la sanción del Código, no es raro encontrar los que tratan con cesurable desatención la sensibilidad de los infelices enfermos. Una frase imprudente, una maniobra brusca en el reconocimiento, una indelicadeza contra el pudor ó una intervención superflua especulativa son causa de dolorosas emociones, de intensas angustias y de innecesarios sufrimientos, que importa mucho evitar. Los enfermos viven aterrados y son hipersensibles. Por eso el cirujano debe ser también sensible con ellos. Debe recibir en su propio corazón sus angustias y dolores, y mostrarles cuando sea preciso, ternuras maternales. Sólo de esta suerte dispensará á sus enfermos aquella delicada y exquisita solicitud que será siempre la más segura y hermosa de sus acciones terapéuticas, y á menudo, por desgracia, será la única.

De esta delicada condición era Lister, y por ello le ligaban con los pacien-

tes muy nobles simpatías. Ya la condolencia que le produjo, en el comienzo de su carrera, ver los sufrimientos que encerraban las salas de los hospitales, fué el estímulo que le llevó á buscar remedio contra tantos dolores.

Y la solicitud fundamental sobre el infeliz hospitalizado que mostró siempre le hizo ser muy querido de cuantos á él se confiaban. Un enfermo que estuvo diez y ocho meses en su clínica de la Real Enfermería de Edimburgo, William Hernest Henley, escribió un soneto que por su belleza y su inspiración se ha hecho célebre, y ha quedado adscrito como preciosa joya poética al recuerdo de Lister. Viene á decir así: «El jefe.—Su frente es ancha y plácida y sus ojos penetrantes y claros, con miradas serenas que calman.—Su fisonomía expresa dulces líneas de tranquilos pensamientos. Su rostro, á la vez, benevolencia, dignidad y timidez.—Si la envidia muere, si la ignorancia niega, su paciencia inagotable, su voluntad inflexible, su maravillosa dulzura y su habilidad espléndida responden con agradecimientos innumerables.—Su sonrisa poco frecuente, discreta, es dulce, llena de certidumbre, y parece infundir en todos sus enfermos tanto amor y fe, que ni el fracaso lo puede vencer.—Le consideramos como un nuevo Heracles, batallando contra las costumbres, los prejuicios, la enfermedad, como en otros tiempos el hijo de Zeus contra la Muerte y el Infierno.»

Ocho años permaneció esta vez Lister en Edimburgo: desde 1869 hasta 1877, en que fué á Londres para desempeñar la cátedra de Clínica de Cirugía en King's College, vacante por el fallecimiento del afamado doctor Fergusson, y aquí perseveró en sus esfuerzos durante quince años, hasta 1892, en el cual se retiró de la Cirugía activa. Sin embargo, todavía siguió publicando importantes trabajos hasta 1900, en que dió el postrero. Durante estos veintitrés años pasaron de treinta los escritos suyos que vieron la luz en actas de los Congresos, Anales de las Corporaciones, casi todos en sus dos revistas predilectas: *Lancet* y *British Medical Journal*. Huelga decir que la reforma del método antiséptico siguió ocupando siempre su atención. Todavía en los años 1891 y 1893 publicó interesantes estudios acerca de los principios de su doctrina y el tratamiento de las heridas. Además de éstos, dió á luz otros sobre resecciones de los huesos, desagüe y drenaje de las heridas, relaciones de los gérmenes con la enfermedad, estudios de hidrostática é hidráulica con relación á la práctica de la Medicina, experimentos y observaciones de sustancias antisépticas, investigaciones sobre coagulación de la sangre, avances generales sobre fisiología, sobre laboratorios, sobre hospitales, sobre aspectos progresivos de la ciencia...; es decir, una producción que acredita mantuvo siempre intensa labor aplicada á mejorar sus inventos fundamentales, los problemas con ellos relacionados y las ciencias biológicas donde tienen su nacimiento y su arraigo. En ella brillan las cualidades propias de un verdadero genio científico: prolongada observación clínica, vigor experimental, independencia de pensamiento y sobriedad de juicio.

Muchos otros pequeños descubrimientos hizo Lister que permanecieron oscurecidos ante los resplandores del que dió á su autor universal renombre;

pero entre ellos merece ser citado uno que sirvió de mucho en el arte de la Cirugía y que se bastaría para dar fama á otro inventor: nos referimos al empleo del catgut en sustitución de la seda para la ligadura de los vasos arteriales.

Había observado Lister desde los comienzos de su tratamiento antiséptico que en la reparación de las heridas los tejidos muertos desaparecían de un modo especial. En vez de separarse gradualmente por un proceso inflamatorio, lo hacían sin producir ningún trastorno, siendo reabsorbidos por los tejidos vivos inmediatos y reemplazados con otros sanos que ocupaban su lugar. Esta sustitución se cumplía hasta en los huesos. El hecho, que para otro hubiera pasado inadvertido, le sugirió la idea de sustituir la seda y demás substancias que servían para ligar los vasos, con cuerdas preparadas con intestinos y peritoneo de cabra, convenientemente limpias de toda impureza. Ensayó sus efectos en perros y vacas, y se convenció de que apretaban bien, duraba algunos días su acción hemostática y desaparecían luego enteramente sin causar supuración. El resultado fué el invento del catgut y su aplicación á la importantísima maniobra de ligar los vasos sanguíneos en las operaciones. «Ahora—decía Lister—podremos ligar un trozo arterial en su continuidad inmediata á un tronco grande, y asegurarnos contra una hemorragia secundaria y una supuración profunda.» Fielding recuerda que en el año 1867 lo usó por vez primera. Lo cierto es que en 1869 publicó en *Lancet* un artículo con observaciones sobre la ligadura de las arterias en el método antiséptico, y doce años más tarde, 1881, otro sobre el catgut.

La etapa de Lister en Londres fué la más larga de su vida profesional. Había abandonado Escocia cumplidos ya los cincuenta años, después de residir veinticuatro en Glasgow y Edimburgo, y volvía á la ciudad del Támesis consagrado como una gloria nacional, á recoger ya los honores que le tributaban todos los pueblos y su querida patria, al mismo tiempo que á continuar siempre su utilísima labor.

Sería necesaria una relación larga si hubiéramos de consignar los nombramientos honoríficos y altos cargos de Corporaciones sabias, condecoraciones y títulos con que fué distinguido. Recordaremos algunos. La Real Sociedad de Londres le adjudicó la medalla de oro en 1880, y la de Copley, la más alta distinción que puede otorgar, en 1902. Fué presidente de la Sociedad Real en 1895, de la Asociación Británica para el adelanto de la Ciencia en 1896, y de la Sección de Cirugía de la Asociación Médico-Británica en 1870, siéndolo por segunda vez en 1875. Las Universidades de Oxford, Cambridge y Edimburgo, en Inglaterra; las de Toronto y Montreal, en el Canadá; las de Budapest, Bolonia y Génova, en Europa, le confirieron sus grados honorarios. La Academia de Medicina de París, el Instituto de Francia, la Sociedad Alemana de Cirugía, las Sociedades Médicas de Amsterdam, Budapest, Dresde, Finlandia, Leipzig, Munich, San Petersburgo, la Academia Imperial de Ciencias de Viena, le nombraron distinguido miembro. En 1900 fué agraciado con el cargo de cirujano extraordinario de la Reina Victoria, y en 1901 le confirmó en él Eduardo VII.

Fué nombrado *baronet* en 1883, y en 1897 fué agraciado con el título de barón de Lister, que le elevó á la pairía. Cuando la coronación de 1902 apareció su nombre en la primera lista de los miembros de Orden y Mérito y fué declarado médico del Consejo privado.

En 1907, al cumplir ochenta años, Inglaterra celebró con solemnidad su aniversario y la ciudad de Londres le ofreció los privilegiados honores de ciudadano libre, que otorga á sus hijos predilectos, entregándole el documento en un estuche de oro labrado. Este mismo año se nombró una Comisión compuesta de cinco ilustres hombres de ciencia (Cameron, W. Cheyne, Godlee, Martín y Dawson Williams) para que coleccionara sus publicaciones y las editara en forma permanente. La colección fué impresa por la casa Claredon y vió la luz el año 1909, formando dos hermosos volúmenes.

No se refirè, en verdad, de ningún médico que haya tenido tantos y tan altos honores. Pero con ser ellos muy sobresalientes, todavía más que las distinciones decorativas y de pergamino podían enorgullecerle las pruebas de extraordinaria veneración y los entusiastas homenajes con que era acogida su presencia en todas partes, y especialmente en los Congresos internacionales. Su persona causaba siempre emoción y obtenía las mayores demostraciones de respetuoso cariño. Los que se dirigían á él en los actos colectivos, lo hacían con frases de sentido rendimiento. Se recuerda que, asistiendo á una gran asamblea celebrada en la Real Sociedad de Londres, Mr. Bayard, embajador de los Estados Unidos, se levantó y dijo: «Milord, no es una profesión, no es una nación; es la Humanidad misma quien os saluda con la cabeza descubierta.»

Cuadro profundamente conmovedor producido por su presencia en estas asambleas lo fué el episodio de 1902, en París, cuando Pasteur y él se confundieron en un abrazo con ocasión del gran jubileo celebrado en honor del primero. Lister había sido sincero admirador del gran investigador francés, había confesado noblemente muchas veces la influencia que sus trabajos tuvieron en el invento de la doctrina antiséptica, y en una carta que le escribiera en 1874, desde la capital de Escocia, le había dicho: «Si alguna vez venís á Edimburgo, tendréis una verdadera recompensa al ver en nuestro hospital la grande proporción con que la Humanidad ha aprovechado vuestros trabajos. ¿Tendré necesidad de añadir que experimentaría una inmensa satisfacción mostrándoos aquí lo que os debe la Cirugía?»

En dicho jubileo, Lister, llevando la representación de las Reales Sociedades de Londres y Edimburgo, quiso ofrecer personalmente su homenaje al inmortel Pasteur, y le habló en estos escogidos términos: «Realmente no hay en el mundo ningún individuo á quien deban más que á vos las ciencias médicas. Vuestras investigaciones sobre los fermentos han arrojado un rayo poderoso que ha iluminado las tinieblas funestas de la Cirugía y ha cambiado el tratamiento de las heridas, de una obra empírica, incierta y á menudo desastrosa que era, en un arte científico seguramente bienhechor. Gracias á vos la Cirugía ha sufrido una revolución completa que la ha despojado de sus terrores y ha ensanchado casi sin límites su poder eficaz.»

Y entonces, cuando Pasteur, terminada tan laudatoria salutación, se levantó y abrazó á Lister, se produjo una emoción tan extraordinaria en la sala, que conmovió los corazones de todos los presentes. Un biógrafo de Pasteur dijo de aquel abrazo: «La vista de estos dos hombres hacía la impresión de una confraternidad de la Ciencia trabajando por disminuir los sufrimientos de la Humanidad.»

Sin embargo, como todo se debe exponer en una biografía, hay que decir que en medio de este concierto de homenajes tributados á su gloria, todavía el coeficiente de la humana debilidad pudo poner algunas notas de amargura en el alma de aquel hombre augusto. Una de ellas fué que el Real Colegio de Cirujanos de Londres, la más ilustre Corporación quirúrgica de Inglaterra, no le elevó á su presidencia, quizás, según advierte el *Medical News*, como expresión de ciertas perdurables hostilidades al autor de una doctrina revolucionaria.

Y fué otra que la cátedra del gran maestro en King's College Hospital se veía poco concurrida de una juventud que, con sus frívolas inconsciencias, tal vez buscaría en otras explicaciones atractivos que no hallaba en las de un anciano, inventor de un método curativo ya reformado. Por eso, según refiere Cheatle, veíasele con frecuencia dirigirse al hospital metido en su carruaje, con la cabeza baja, tal vez pensando tristemente en que iba á dar lección á pocos individuos quien había dejado las concurridísimas clases de Edimburgo por explicar la de Londres, aceptando la invitación que se le había dirigido para difundir aquí sus enseñanzas.

Y se comprende su melancolía; porque tan honda é inconsolable como pueda ser la pena de la famosa artista de teatro que se ve abandonada, por causa de sus años, de aquellos públicos que antes eran electrizados con su presencia y sus facultades artísticas, es la del maestro que, habiendo profesado con ardor la religión de la enseñanza, y dedicádola su vida entera, cuando llega á la ancianidad se ve abandonado de la juventud, que enardecía su espíritu, tonificaba sus energías y ponía en sus labios el verbo divino de la ciencia. ¡Cuántas veces hemos recordado aquel ya citado doctor Velasco, modelo de maestros, quien había elevado un rico museo á sus enseñanzas anatómicas, había consagrado su vida á la juventud con amor imponderable, y, abandonado en absoluto de ella cuando sus méritos eran más sobresalientes, buscaba al final de su vida un estudiante pobre, le pagaba una retribución, dejaba su lecho de enfermo, y bajaba al despacho de su museo, medio asfixiado, casi agonizante, sufriendo inclemente dolencia, sólo á repetir con voz muy queda y anhelosa aquellas notables lecciones de Anatomía que había explicado, durante muchos años, á miles y miles de alumnos, unas veces en su repaso de la calle de Atocha, y otras en el anfiteatro grande de San Carlos! ¡Y es que entre las mayores pasiones figura la del sublime ministerio de la enseñanza, cuando se desarrolla en una vocación adecuada y se forja un día y otro en el fuego de los ardientes apostolados!

Lister perdió en 1893 la adorada compañera con la cual se había unido

en 1856 y había convivido treinta y siete años sin tener familia. Privado de aquella mitad de su vida, sumando ya sesenta y seis años de edad y amargado por causas varias, entre las cuales no faltarían tal vez los íntimos sentimientos que le produjera la declinación que presentaban sus inventos y sus prestigios docentes, se retiró de la Cirugía activa y de la cátedra, aunque con propósitos de seguir aportando todavía á la ciencia los frutos de su labor. Su postrer escrito fué un discurso presidencial sobre la malaria, publicado el año 1900 en el volumen segundo, página 1.625, del *British Medical Journal*. Después, algunos de sus últimos años los pasó en un retiro, sufriendo ya salud precaria. Los amigos que le vieron en Guildhall el año 1907 se impresionaron muy dolorosamente al hallarle tan acabado y débil. Tenaz enfermedad articular le atormentó durante algún tiempo; pero murió de padecimiento agudo: una pulmonía que le llevó en cuatro días.

Falleció en Walmer la mañana del sábado 10 de febrero, sin dolor ni amargura. «Su alma—dicen—abandonó su cuerpo sencilla y naturalmente, como cae de la rama una fruta que ha llegado á su madurez: sin violencia alguna.» Había cumplido ochenta y cuatro años diez meses y cinco días.

Su muerte produjo un duelo mundial. Y la gran nación británica sintió el hondo dolor que correspondía á la desgracia de perder uno de sus más grandes hombres en uno de los bienhechores más queridos de la Humanidad.

Las manifestaciones de condolencia fueron generales y las atestiguaron desde las familias reales hasta la más humilde representación escolar. El Rey de Inglaterra mandó flores y un delicado mensaje. La Reina Alejandra y otros miembros de la Real Familia enviaron telegramas sentidos. Las Academias, los Colegios, las Universidades, los Ministerios de Instrucción pública de varias naciones se adhirieron al duelo de Inglaterra. El cuerpo de Lister descansa, por disposición suya, en Hampstead, al lado del de su esposa. Esta fué la razón de que los testamentarios tuvieran que declinar el honor que se les ofreció de enterrarlo en la famosa Abadía de Westminster, panteón de los hombres célebres de Inglaterra, donde el 16 de febrero se celebró el funeral, con representaciones del Rey y de las Sociedades sabias de Inglaterra y de otros pueblos, Universidades, numerosos cuerpos escolares, los embajadores, el primer ministro del Reino y muchas distinguidas personas.

Lister ha muerto, y su vida ha pasado ya al campo de la Historia. En los serenos dominios de ésta se registró también años ha gran parte de su famoso método antiséptico, porque la Medicina hoy realiza tan incesante progreso y marcha con tan vertiginosa velocidad, que la doctrina un día triunfante desaparece al siguiente, el libro que fué acogido con entusiasmo tiene su sucesor cuando apenas ha podido secarse la tinta con que fué impreso, y un ejército de entusiastas exploradores de la verdad lucha sin tregua en miles de laboratorios y clínicas, afrontando con heroísmo toda clase de riesgos, para que sus descubrimientos y sus hechos proclamen los nuevos herederos de la gloria que merecieron ilustres antepasados.

De la ritual cura listeriana, que se cumplía con el formalismo severo de un

acto sacramental, desaparecieron detalles muy esenciales. Los fuertes antisépticos, el spray que producía el ambiente fenicado, los tópicos pulverulentos, las curas sistematizadas, las telas impermeables protectoras, la acción química bactericida..., ya nada de esto se emplea. Pero queda lo principal: su espíritu, sus principios patogénicos esenciales, el mejor conocimiento de los recursos espontáneos del organismo y de la variedad de sus infecciones quirúrgicas, la sana y eficaz interpretación de los procesos reparadores, los muchos y maravillosos adelantos obtenidos en la técnica de la Cirugía, en la salubridad de los hospitales y en las conquistas de la terapéutica, aumentando el número de curaciones, reduciendo los impuestos del dolor y acortando la duración de los tratamientos.

Vendrán otros ilustres sabios á recibir la admiración de los hombres y á poblar con nuevas brillantes estrellas los cielos inmortales de la Historia; pero la ciencia médica y las generaciones futuras evocarán siempre con admiración los tres genios de nuestro tiempo que dieron á la Medicina en la segunda mitad del siglo pasado el impulso más grande que conocieron los siglos: Pasteur, Lister y Koth: el primero como descubridor de enemigos invisibles y de leyes biológicas inexploradas, arrancados á los misterios de la patología; el segundo como genial intérprete de las nuevas revelaciones de Pasteur en los terribles dramas de la Cirugía, y el tercero como feliz explorador de otros hallazgos no menos preciosos en las mortíferas infecciones agudas y crónicas de los pueblos epidemiados y de las razas degeneradas.

Tiempos llegarán en que estas clases de bienhechores serán mejor conocidos y sus memorias más exaltadas que lo son hoy. La Humanidad no ha salido todavía de su infancia; su alma se rinde aún á muy primitivas seducciones. Todavía el sonido de los clarines, el oropel de los uniformes, el estruendo de las catástrofes, el poder de los tiranos y de los usurpadores y la bestia de las voluptuosidades le sugestionan y esclavizan, con mengua y olvido de estas existencias plácidas, armoniosas y fecundas para las conquistas de la salud, la tranquilidad y la virtud, las cuales fallecen á menudo, como nuestro eminente Olóriz, sin que la prensa y la sociedad les tributen siquiera la información y el interés que se prodiga á los amores de toreros y cupletistas, ó á las hazañas de los más perversos criminales. Pero ello ha de cambiar, y esperamos que algún día cedan los primeros á los segundos ese monopolio que vienen gozando de la atención pública, de los Anales y de los monumentos honoríficos.

Siempre que visitamos París y nos llevan nuestros pasos por la plaza Breteuil, detrás de los Inválidos, gustamos detenernos á contemplar el precioso monumento allí erigido á Pasteur, y viéndole sentimos la emoción de las grandes contradicciones. La razón es obvia. Algunos metros más allá se alza á grande altura la dorada cúpula de Mansard, bajo la cual existe la tumba de Napoleón I, recogida en honda y obscurecida cripta circular, rodeada de las bellas esculturas de Pradier que simbolizan las principales victorias del Emperador, orlada con los trofeos donde se hallan las banderas que se disputaron

los ejércitos cuando las horrendas carnicerías de las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Wagram, Moskowa, etc., y con las cenizas del insaciable ambicioso encerradas en aquel sarcófago cúbico, labrado en asperón durísimo y de color rojo obscuro, como si hubiera sido amasado con los sufrimientos y la sangre podrida de tantos millones de hombres que se sacrificaron llevando el desastre y la muerte por todos los pueblos.

Formando notorio contraste, al aire libre y rodeado de dilatada perspectiva, se destaca el precioso monumento de Pasteur, blanco con la pureza nívea del mármol alabastrino, embellecido con platabandas y linda arboleda, iluminado por la luz de los cielos y los reflejos de las nubes.

Presidiendo rumores de la ciudad, alegrías y conciertos de la Naturaleza, y simbolizando la interrogación ardiente de los grandes misterios que encierra el poema infinito de la vida, su grande masa atrae el revuelo de pájaros que trinan, las correrías de niños que juegan, la curiosidad de paseantes sencillos, el homenaje de hombres cultos y la sentida oración de los que conocen la obra sabia y vivificadora de aquel hombre maravilloso.

Maetterlinck, en su genial comedia *L'oiseau bleu*, ha presentado el alma de las cosas expresando ideas muy bellas y sentimientos muy tiernos, y nadie como él podría sorprender todo lo que se dirán las almas de estos dos monumentos juntados por la casualidad. Pero pensamos que cualquiera que se acerque al de Pasteur podrá oírle decir al de Bonaparte: «Yo simbolizo el genio de la paz y del amor; tú el de la guerra y el odio. Yo la libertad; tú la tiranía. Pero mi obra es más poderosa y perdurable que la tuya. Porque si tus matanzas arrebataron al goce de la vida muchos millones de hombres jóvenes y sanos, uno solo de los apóstoles que benefician mis descubrimientos ha disputado á esa muerte, que fué tu inseparable compañera, más millones de existencias que le ofrendaron tus famosas guerras todas y las que le sucedieron durante el siglo XIX.»

También Lister y Koth tendrán en Inglaterra y Alemania suntuosos monumentos públicos que recuerden su memoria. Desde luego no hay ya Instituto de Higiene ni Laboratorio de Sanidad que no adornen con los bustos de estos tres bienhechores los pórticos, fachadas y salas de conferencias. Aquí, en Madrid, el ilustrado doctor Llorente los ha puesto en la entrada de su meritísimo Instituto de la calle de Ferraz. En Glasgow se habrá celebrado, ó se celebrará en estos días, una reunión ya dispuesta por el preboste para erigir un monumento internacional al hombre que inventó el tratamiento antiséptico en la Real Enfermería de aquella ciudad.

Lister fué prototipo de hombres sabios y bienhechores. Su vida, la de un santo de la ciencia. Su obra, la de un semidiós; porque aumentó el coeficiente de la raza humana y disminuyó las amarguras de su existencia, obra que únicamente á seres semidivinos debe ser dable realizar.

Ángel Pulido.

Justicia histórica de la obra de España en América⁽¹⁾

Fuera para mí gravemente molesto que la actitud que asumo al abordar el estudio del régimen colonial español en el Río de la Plata diera lugar á la formación de un juicio equívoco. En una época como la nuestra, en la que el *snobismo* es el prurito de moda, nada más lógico que atribuir á una consecuencia suya este gesto de rebeldía contra todo lo antiguo que vais á ver concretado en cuanto voy á tener el alto honor de exponeros. Por eso quiero comenzar con la declaración más categórica de que ni los deberes caballerescos que tengo para vosotros como huésped, ni mucho menos el deseo de romper con la ruta seguida hasta el día, inspiran y son el alma de lo que vais á escuchar esta tarde. Profeso respecto de la Historia la más moderna teoría de Xénopol, y creo que siendo ella una especulación científica cuyo método es riguroso y estricto, nada está tan reñido con la seriedad de un trabajo de la índole del que es hoy objetivo de mi vida como las veleidades de los espíritus pueriles. Antes la Historia fué alegato de prueba, porque se solía escribir con juicios formulados *à priori*; pero hoy tal procedimiento es añejo y anticientífico. La Historia, clasificada ahora dentro del grupo de las ciencias que estudian los fenómenos de sucesión, es una disciplina que busca la verdad, ajena á todo prejuicio, tal como la Geología ó la Paleontología, sus disciplinas similares; y de ahí por qué la labor del historiador moderno debe reducirse á la exposición metódica del resultado de sus incursiones por los archivos, empresa que está obligado á acometer con la misma frialdad y por el mismo procedimiento de que echa mano el paleontólogo empeñado en la reconstrucción de cualquier fósil, y tal es la tarea que me he impuesto. Lo que voy á deciros es la resultante de una investigación comenzada en los archivos de mi país y terminada en los del vuestro. Si hay en ello novedad, la causa no será mi deseo de decirla, sino la revelación del contenido de documentos que no se tuvieron presentes al formular el juicio tenido por definitivo hasta ahora acerca del régimen colonial español. Para no ser injusto, debo reconocer que la historia de la obra española en América que hoy se conoce fué escrita en parte por hombres que sintieron de cerca los sucesos de la guerra emancipadora y que no pudieron librarse del pasionismo natural á un fenómeno así, y en parte también por los escritores de las épocas inmediatas, influenciados por el viejo prejuicio, y que ó no pudieron ó no quisieron por indolencia fundamentar su juicio en los archivos. Si á esto se agrega el hecho de que, por lo regular, se han amalgamado noticias aisladas de toda América para explicar un accidente histórico cualquiera, ó se ha juzgado por un solo hecho—muchas veces anormal—todo el funcionamiento del régimen, se advertirá que lo que se sabe no puede considerarse como dogmático ni definitivo. La metodología moderna ha dado rumbos para las investigaciones históricas, y á haberlos seguido debo yo la

(1) Conferencia dada el martes 30 de abril último en la Unión Ibero-Americana.

satisfacción de poder comprobar que la obra realizada por España en el Río de la Plata merece respetos que no se le han tenido. Considerado desde el punto de vista que hoy se fija para el estudio de todo fenómeno histórico, el régimen colonial español obliga á una tarea muy seria, de la cual se sacan consecuencias favorables para el nombre de España. Cualquiera que se sepa trasladar en espíritu á la época en que los sucesos se desarrollaron, y que al considerar un hecho no pierda de vista su situación dentro de la serie de circunstancias que lo rodearon, echará de ver en qué reside el error de los que fueron severos con España al juzgar su obra en las tierras de América. Yo,

sin más respeto que el respeto á la verdad, voy á daros á conocer lo que los archivos me han revelado con su autenticidad imperturbable. A vosotros ha de complacer—estoy seguro—que sea un americano el que así rompa lanzas contra el viejo prejuicio, y que las rompa al amparo defensivo del escudo invulnerable de las verdades probadas. La ocasión no puede ser mejor ni más propicia. Estamos laborando por la confraternidad hispanoamericana, y nada la podrá hacer más sólida que el mutuo reconocimiento de los yerros pasados.



D. Rómulo D. Carbia.

El paseo triunfal por las calles de Buenos Aires de la Infanta de España D.^a Isabel de

Borbón tendrá así una perpetuidad definitiva. Aquella apoteosis del afecto, que volcó flores sobre la arena para que no se advirtieran las huellas de la lidia pasada, hallará base de piedra para descansar y eternizarse. Y ya que he mentado el recuerdo de un acontecimiento tan grato y tan transcendental, permitidme que en obsequio de la dama que supo concretar, quinta-esenciándola, toda la nobleza de vuestra grande raza, me despoje un momento de la austeridad á que me obliga la tarea científica, y la rinda á los pies de la matrona, tal como quien en la Andalucía romancesca se quitara la capa para echarla de alfombra... España ha conquistado dos veces el Río de la Plata y á la tierra sobre la que se levanta Buenos Aires. La una—material y pasajera—con la espada de sus guerreros temerarios; la otra—afectiva y eterna—con la mano de la Infanta Isabel, que al extenderse en gesto de saludo sobre la apiñada multitud que la vivaba en un grande y colosal día de sol, lo hizo con un afecto y con un cariño tales, vale decir, tan españolamente, señores, que la muchedumbre—yo lo he visto y yo lo he sentido—hasta lloró de gozo...

A ella, por eso, ningún obsequio agraderá mejor que este manojo de verdades austeras que como contestación á aquel saludo yo he traído de América.

La conquista del Río de la Plata la creo una empresa de aventura. No os sorprendáis del término. Fué tal, porque la situación políticoeconómica de la Península no permitía cargar al Estado con semejante tarea; y hay que conocer bien los hechos para darse cuenta de que, mala ó no en sus resultados, la medida adoptada por el Trono español al entregar la conquista á la labor particular, fué una gran medida de gobierno. Vosotros sabéis demasiado que el descubrimiento de América sorprendió á España en una verdadera bancarrota económica. El Erario estaba casi exhausto, y si hemos de dar crédito á lo que denuncia la documentación de Hacienda que se conserva en el Archivo de Simancas, tan sesudamente utilizada por el Sr. Cristóbal de Espejo en sus trabajos sobre el interés del dinero en España durante el reinado de los tres primeros Austrias, tenemos que convenir en que la situación económica no podía ser más grave. La última arremetida contra el moro, primero, las guerras del Emperador, después, y tantas otras empresas que España necesitó acometer ó se vió obligada á arrostrar, tenían agotados los recursos. Cargar más el Presupuesto—especie entonces de tonel de las Danaides—para cubrir por cuenta del Estado el costo total de la conquista americana, era á todas luces un paso equivocado y peligroso, y por tal consideración acabo de decir que poner la empresa en mano particular debe reputarse como un acto cuerdo de gobierno. Esto declaro, no porque lo deduzca del hecho tomado aisladamente, sino porque al considerarlo fijó mi atención en las circunstancias que lo rodean. Si, por creerlo mejor y más conveniente para los intereses del Estado, España reserva para el porvenir la conquista, retarda su obra civilizadora y se expone al riesgo de una pérdida, desde que á nadie escapa que Portugal por un lado, é Inglaterra y Holanda por el otro, andaban, como la fiera rondadora de que habla el apóstol, buscando el camino de América. He dicho que la conquista y la colonización del Río de la Plata fueron una obra de aventura, porque he querido aludir á la empresa de D. Pedro de Mendoza en 1536. Este capitán, nombrado adelantado, por las capitulaciones que ajustó con el Emperador, y que se conservan en el Archivo de Indias, fué declarado *señor de las tierras y riquezas que conquistare*, á cambio de costearlo todo de su propio peculio. (Cláusula 5.^a de las Capitulaciones.) Si obtenía éxito, bien pagado tenía el desembolso; y si no, á riesgo exclusivo suyo eran los gastos. Más aventura que ésta, que tenía por campo único un territorio desconocido y bárbaro, no cabe darse, á juicio mío. Y sobre la empresa de Mendoza—que fué el primer fundador de Buenos Aires en 1536—descansa la colonización del Río de la Plata.

¿Estuvo ó no estuvo acertada la Corona al confiar al esfuerzo y al peculio particular la grande empresa? Yo creo que sí, y lo creo por las razones que acabo de exponer á vuestra consideración.

Está claro que en una época en que la historia fué ocupación de *dilettanti* literarios que buscaron en ella un motivo de inspiración para sus elucubraciones, nada más natural que presentar la conquista como una hazaña de bandidos hambrientos. El efecto emocional resultaba magnífico. Por eso es que la

historia moderna todo lo fía al documento, y se ha declarado abiertamente en contra de la imaginación novelesca y de la leyenda de los rápsodas.

España no lanzó esas empresas, como la de Mendoza, para saciar su hambre. Las lanzó por quijotismo, si queréis, pero con un alto propósito de gobierno. Si ellas produjeron excesos, echad el cargo á la naturaleza de los hombres y al modo de ser de la época; pero no golpeéis injustamente con el látigo de la censura sobre los que lo hicieron todo movidos por la nobleza, que es la característica de España.

He concretado un juicio, y lo voy á probar. Nada hace más irrefutable cuanto acabo de decir que el hecho de que, no bien iniciada la conquista, el Gobierno pensó en organizar el régimen colonial. España no estaba preparada para la tarea, porque durante los ocho siglos precedentes el objetivo de su Gobierno fué la guerra contra el agareno, á quien había que rescatar el territorio. El hallazgo de Colón vino á coincidir con la reorganización del país, cimentada sobre la base de la unidad nacional, y ningún momento más inoportuno que éste. Así y todo, señores, España se apechugó la enorme tarea, y si queréis saber cuál fué su éxito, yo os invito á que hojeéis la *Recopilación de Indias*. Es un monumento, es un colosal monumento, señores. España puede estar orgullosa de contar entre su legislación á ese Código, que quizás en mucho se adelantó á los tiempos.

Para saber cómo se preocupó el Trono español de la suerte de América y del bienestar de los indigenas basta pasar la vista por esa gran codificación. ¡Cómo se advierte que hubo ligereza al recriminar á España hasta decir que esquilmó á sus colonias y les bebió la sangre! Y tal se ha dicho—lo vuelvo á repetir—sólo porque se juzgó deprisa, pues parece inexplicable que se olvidara de intento que hasta el tráfico de negros africanos implantado en América obedeció al deseo vehemente de aligerar la faena de los indios. ¡Oh, si se hubiera estudiado antes de formular las sentencias rotundas!

*
*
*

Y bien; creo haber preparado ya vuestro criterio para que comprendáis al mío. No busco vuestro aplauso á costa de la verdad y con perjuicio de los historiadores de mi país; pero pongo por testimonio á mi palabra de honor, que nada me ha amedrentado ni me amedrenta cuando se trata de pronunciar un fallo de justicia. Para ser equitativo, y para responder precisamente á este propósito, juzgo honesto declararos que el juicio que ya os he dado á conocer sobre la colonización española se refiere al Río de la Plata. Lo que pasó en el resto de América no lo conozco documentalmente, y, por tanto, nada puedo opinar. Esta franqueza ha de merecer de vosotros, según me permito pensar, el respeto que se debe á toda actitud noble y abierta. Y quiero que sepáis que me concreto en mis investigaciones á la historia del Río de la Plata—vale decir, á la mayor parte del territorio que ocupa hoy la República Argentina—, porque creo que no es posible estudiar de conjunto todo el fenómeno colonial

americano. Abarcando el régimen una vastísima zona geográfica, surcada por ríos caudalosos y por montañas enormes, bajo la influencia de climas muy diversos y con un origen de implantación bastante heterogéneo, su análisis exige forzosas divisiones. Los sucesos de Méjico, por ejemplo—y esto es bueno que se haga notar—, no fueron semejantes á los del Río de la Plata; y si por una circunstancia cualquiera de la eventualidad pudieron parecerse en su aparato externo, obedecieron siempre á causas en nada similares. El haber olvidado esto ha inducido á muchísimos en error.

Concretado, pues, al estudio del régimen colonial español en el Río de la Plata, debo hacer notar que él se distingue del que fué particular al resto de América por la relativa independencia con que siempre se manejó esa región, debido ello á circunstancias cuyo relato me obligaría á largas incidencias, y á causas emanadas de la misma naturaleza del territorio. La prohibición de comerciar, por ejemplo, tan severamente mantenida para tantas colonias—por razones de que luego he de ocuparme—, no lo fué para Buenos Aires, á cuyos claros clamores—expuestos tan admirablemente por el obispo Loyola en su dictamen de 1603, que he leído original en las actas capitulares de ese año—la Corona respondió acordando permisiones para comerciar con el Brasil, é instituyendo luego los buques de registro. Las protestas que por parte de los monopolistas originó esta medida, y la actitud que ante ellas asumió el Tesoro español manteniéndola—pues, aunque satisfizo á las protestas creando las Aduanas de Buenos Aires y de Córdoba, no varió de plan—, son la mejor prueba de que no estoy desacertado.

Los clamores á que he aludido antes se concretaban en la manifestación de que, no siendo posible la vida colonial, ni mucho menos la prosperidad de las fundaciones sin un poco de franquicias en el comercio, el Monarca—que no podía aspirar á otro fin que al del bienestar de sus súbditos—debía concederlas. Y la Corona así lo hizo. A las permisiones y á los buques de registro siguió, andando el tiempo, una amplia libertad para dar entrada y salida por el puerto de Buenos Aires á todas las embarcaciones comerciales procedentes ó destinadas á costas españolas. Esta nueva franquicia fué acordada por cédula de 1778. El punto capital en todos los ataques á la política española colonial ha sido siempre la cuestión del comercio. Tratemos, pues, de ahondar en el tema. El monopolio que España implantó en América obedecía á razones de orden político internacional—el peligro de la invasión extranjera—y á propósitos de consolidación de la economía interna sobre la base de la prosperidad comercial de la Península. Quizás hubo en ello un error de concepto nacido de un optimismo exagerado; pero, después todo, la medida resultaba en un principio necesaria y prudente. Si ello engendró males, débense, no á arbitrariedades tiránicas por parte del Trono español, sino á las consecuencias de los sucesos políticos. Para abrir los puertos de sus colonias sin peligro, España necesitaba poseer una poderosa flota de guerra, y ya sabéis cuál fué la suerte y el destino de la Península desde el segundo de los Austrias hasta Felipe V, desde éste hasta Carlos III, y desde su sucesor hasta la invasión napoleónica.

Un documento inédito hasta ahora, que se conserva en el Archivo de Indias, estante 122, cajón 3, legajo 21, da noticia de lo que ocurría en el Río de la Plata, en punto á asuntos de comercio, á principios del siglo XIX. Se trata de una presentación que un comerciante bonaerense, D. Antonio de Castro, hizo en 1807 al Príncipe de la Paz, y en la que llama la atención sobre la necesidad de proteger con una buena armada el libre comercio de las Indias. La lectura de este documento me ha confirmado en la opinión de que si España, especialmente en lo que se refiere al Río de la Plata, no acordó la amplia libertad de comercio, fué porque no tenía cómo amparar á sus colonias de una lógica conquista extranjera. Se me dirá que el contrabando, que fué la válvula de escape, ya había establecido en realidad y efectivamente esa libertad; pero á ella respondo—documentos en mano—que ni el contrabando alcanzó las proporciones que se suponen, ni aun alcanzándolas podía jamás equivaler á la franquicia que se buscaba. Al que dude lo invito á revisar los informes del Consulado de Buenos Aires, que se encuentran en el Archivo de Indias, bajo la designación 122-3-21. España hizo lo que pudo, y la mejor prueba de sus buenos deseos para lo que es hoy el territorio de mi país está en la cédula de 1778 á que he hecho antes alusión. Cuando se procede así, señores, es porque no se piensa tiránicamente..

Se ha dicho y se ha repetido en todos los tonos que el Trono español entregó sus colonias á la rapiña de sus gobernadores, y que luego hizo oídos sordos al clamor de las víctimas; y yo respondo, con lo que me han revelado los archivos, que ello es un ataque injusto y desprovisto de razón. No niego que los gobernadores cometieran latrocinios—casi todos los del Río de la Plata los cometieron—; pero sí que en ello tuviera culpa el Trono español. Era el ambiente y eran las circunstancias los causales del mal, y era la distancia enorme de cincuenta y más días de navegación lo que amparaba á los delincuentes. Así y todo, el Trono español trató siempre de poner coto á esos males, ordenando pesquisas, destituyendo gobernadores, imponiendo penas, etc., etcétera. La creación de la Audiencia de Buenos Aires, primero, y la del Virreinato, después, obedecieron á ese propósito. Si el remedio tardó, la culpa fué de la época, que no contaba con los auxilios del telégrafo ni de los buques rapidísimos.

El procedimiento seguido para reparar los males del Río de la Plata fué un procedimiento racional y cuerdo, pues no era posible que una sola denuncia originara medidas radicales.

Respecto á por qué España echó mano de malos gobernantes, se puede responder que por la natural ignorancia de lo que el hombre oculta en su interior. Aquí, en España, eran buenos—un caso: el gobernador D. Diego de Góngora—; y si en América lo dejaban de ser, culpa del Rey no lo era, de seguro. Los documentos de la sección *Consultas al Consejo*, del Archivo de Indias, me escudan las espaldas en este particular.

Aparte de la consideración que acabo de hacer, hay otra que aclara también el punto, y es la de que todos los vaivenes de la suerte política de España

repercutieron en América. Salta á la vista, pues, que cuando era defectuoso el gobierno peninsular, lo era de la propia manera, y por reflejo, el de las colonias de Ultramar. Y en ello nadie, individualmente, tuvo la culpa. La tuvieron los tiempos, para los cuales la responsabilidad es por fuerza relativa.

Y ya enunciados dos de los factores que, á juicio mío, originaron los males que la crítica ha hecho resaltar tan á lo vivo, resta todavía apuntar un tercero, que ya no es peninsular, sino netamente americano. Se refiere al modo de ser de las colonias.

En el Río de la Plata—la verdad no ofende á nadie—se vivió siempre una vida en la que los rozamientos eran casi diarios. Por cuestiones de patronato unas veces, y por reglas de etiqueta otras, el gobernador riñó con el obispo, éste con su Cabildo, y el Cabildo con el Ayuntamiento. Los pleitos á que esto daba origen eran largos, y siempre—parecería que por obra del diablo—encontraba el pueblo forma de terciar en la cuestión. ¡Ustedes se podrán dar idea de lo que resultaría de aquello! Hubo asuntos que originaron tantas incidencias, que—lo declaro con toda sinceridad—cuando he querido estudiarlos en su documentación, no he podido nunca llegar á comprenderlos. Para mí muchos han resultado un verdadero rompecabezas imposible. Pues bien; todos esos asuntos, casi siempre nimios, expuestos en un grueso expediente ó en muchos alegatos separados, después de andar de Herodes á Pilatos por Virreinos y Audiencias, venían á España para que el Consejo resolviera. ¡Y qué tarea! Que en aquel *maremágnum* se perdieran el Consejo y el Rey, nada tiene de extraño, como no lo tiene que al fallar pagaran justos por pecadores, como reza la frase vulgar. Demasiado hacían con tomar en serio esas riñas caseras, algunas de las cuales—hoy, por lo menos—resultan irrisorias y de sainete.

Cuando se ha querido extremar la crítica al régimen colonial español, se ha solido decir que España mantuvo á sus colonias en la ignorancia de puro intento y con el propósito de valerse de ella para tiranizar mejor. Quien hable así, ni ha leído las leyes de Indias, que tienen todo un libro dedicado á la instrucción, ni sabe lo que fué la organización y la vida de las colonias.

En el territorio cuya historia es objeto preferente de mis estudios el desarrollo de la instrucción siguió su curso normal, es decir, marchó de acuerdo con el desenvolvimiento y progreso del país. Se comenzó con la escuela primaria, porque no era lógico comenzar por la Universidad en una población que se iniciaba. A la escuela primaria siguió la secundaria, y luego la universitaria. Sobre sus frutos y sobre sus adelantos nada habla tan elocuentemente como la documentación publicada por un compatriota mío, el Dr. Gutiérrez, bajo el título de *La enseñanza secundaria en Buenos Aires desde el período colonial*. Las producciones que allí se insertan desvanecen por completo todo prejuicio adverso. Está claro que no hay en esa compilación nada que ennegrezca como el disco del sol; pero para ser justos hay que considerar cuáles eran los tiempos y cuál la situación espiritual de España. En punto á ciencias y á letras ella nos dió lo que tenía, y si todo no fué de oro, se debió, es muy

cierto, á que sus minas no lo producían con exceso. Señores, no soy injusto: estoy apuntando una verdad.

En lo que, sin duda alguna, se ha hecho más hincapié para execrar el nombre de España en el pasado de América, ha sido en el sistema de encomiendas. Ya he dicho que al entregar la conquista al esfuerzo particular, España hizo al conquistador señor absoluto de los dominios que conquistare. Pues bien; tal concesión dió origen á las *encomiendas*, es decir, al repartimiento de los indios entre los conquistadores, que los constituían en sus esclavos y los condenaban á laborar en el solo provecho de su señor. Claro está que, siendo los encomenderos hombres de guerra, con tanta rudeza sobre la epidermis como sobre el alma, las encomiendas resultaron inhumanas, contra el deseo y las determinaciones precisas del Trono español. Cuando éste se dió cuenta del verdadero horror de las encomiendas, trató de arrebatarlas á los encomenderos, y con tal objeto fomentó á las misiones y en 1610 envió un visitador general—D. Francisco de Alfaro—que, luego de estudiar el asunto, dictó las célebres ordenanzas que llevan su nombre. Para que esa nueva ley de amparo al indígena no se convirtiera pronto en letra muerta, Alfaro creó un nuevo cargo en el gobierno colonial, el de protector de indios, que por primera vez en el Río de la Plata fué confiado á un nativo del país, á D. Hernando Arias de Saavedra. Puedo asegurar que las ordenanzas no resultaron líricas, y lo pruebo con la historia de las misiones jesuíticas del Paraguay. Si ellas tuvieron algún defecto—para algunos lo fué la constitución absoluta del común—, tal se debe al carácter del indígena, y no á propósitos de lucro por parte de los jesuitas. Hablo como historiador, y cuando lo hago me olvido en absoluto de que puedo ser amigo ó enemigo de la Compañía de Jesús. La Historia, señores, sólo es un testigo. Las encomiendas, pues, que nacieron por lógica consecuencia del derecho del conquistador sobre la tierra conquistada, si dieron frutos de maldad, tuvieron inmediato reparo por parte del Gobierno de España. Ya he dicho cómo.

Al ocuparme antes de las leyes de Indias, concreté mi modo de pensar á su respecto y dije que las creía eximias. Con ello creo haber opinado sobre el régimen administrativo colonial en su aspecto estático. De su dinámica en el Río de la Plata los archivos hablan favorablemente. Hubo conflictos, trapisondas y malos procederes; pero ellos no se debieron al carácter de la organización, sino á la naturaleza de los hombres. Con esto juzgo decir bastante. La implantación de los Cabildos con sus funciones democráticas, la facultad acordada á todo poblador para expresar agravios al Rey y su Consejo, y la institución de los procuradores de ciudad están hablando muy alto, señores, respecto á los procederes de España. Y si bien es cierto que los Cabildos en el Río de la Plata no fueron siempre un exponente de abierta democracia, culpa de ello tuvieron factores que no dependían de la voluntad del Soberano.

Y así creo haber presentado—en la forma que me lo permite la brevedad del tiempo disponible—un cuadro del régimen colonial español en el Río de la Plata. Resta sólo que me detenga al pasar en algo que no afecta al régi-

Cuando se cruza con otros grupos de amiguitas parece desafiar su envidia con el contento que le rebosa.

Los enamorados han dado un avance desde su última entrevista en el terreno de la confianza: permítense tutearse cuando sus palabras no pueden llegar á oídos extraños.

—Una condición no me gusta de tu persona—indica Merceditas.

—¿Cuál es?

—La vida errante que llevas.

—Es forzosa para el cultivo de mis aficiones artísticas.

—Has corrido mucho mundo.

—Mucho mundo necesita correr un artista. Sólo así se adquiere gusto, se ve, se aprende. Metido en casa es imposible desenvolver el espíritu y dar vuelos á la imaginación.

—Eso es cierto.

—Las obras bellas no vienen á colocarse delante de nuestros ojos cuando permanecemos en el rincón de nuestro pueblo. Hay que ir á buscarlas y beber la inspiración de los grandes genios, admirando sus creaciones. ¿Crees que es lo mismo contemplar al Hércules Farnesio en un grabado que en el original? Y ¿qué te diré de los cuadros y de los monumentos?

Merceditas escucha extasiada á su novio

le, se encuentra también en situación comprometida.

El terror paraliza los movimientos de los espectadores.

De pronto se ve un hombre que en dos saltos descende la corta escalera que da acceso de la playa á la galería. Atraviesa rápido la arena, y vestido y calzado se arroja al mar, nadando con brío en dirección á los que demandan auxilio.

—¡Es Ruskin!

—¡Es el ruso!

Por todas partes se alzan estas voces.

Muchos bajan á la playa y se aproximan cuanto pueden á la orilla, anhelantes, angustiados, esperando el fin que pueda tener aquella trágica escena.

Merceditas, instintivamente, se ha dejado arrastrar por la multitud, y allí, al borde del mar, sin hacer atención á que el agua moja sus lindos pies, pálida, con una emoción intensa pintada en su rostro, sigue con sus ojos los movimientos de su amado, que avanza poco á poco, asomando su cabeza y sus brazos por encima de las olas.

Consigue por fin el intrépido joven acercarse á los que perecen, y con vigoroso impulso los arrastra fuera del peligroso remolino que los engullía, y asiéndolos con sus dos manos,

los sostiene hasta que consigue alcanzarlos una lancha pescadora botada entretanto por algunos de los que han presenciado el hecho.

Cuando Noël Ruskin pisa de nuevo la playa, una salva de aplausos resuena desde el balneario hasta el mar.

Le rodean los amigos, le felicitan. Mercedes no puede resistir más su emoción y cae desmayada en brazos de su madre y de las hijas de Berger. Afortunadamente, su indisposición es ligera, y cuando vuelve en sí su mirada tropieza con la de Noël, diciéndole mucho más de cuanto pudieran expresar sus palabras.

Las víctimas del desgraciado accidente son transportadas al piso bajo del balneario, donde se encarga de hacerles arrojar el agua que han bebido involuntariamente Pepito Durán, vestido de municipal, tal como estaba en escena pocos minutos antes. El médico, en tan ridícula indumentaria, es la única nota cómica en aquel triste suceso. Don Ramón se encarga de hacer algunos chistes á su costa.

Ciro Galo y Vicentito Gavín hacen subir al hijo de Parsifal á Secretaría y le obligan á cambiar sus ropas mojadas por otras que han hecho traer de la fonda.

Llega la hora de comer; la concurrencia de Colón se disgrega. Algunos acompañan á Rus-

y chillonas, que se confunden con aquella algarabía pajaril del concurso femenino.

Llegan nuevos grupos, más señoras, más señoritas, todas con la cabeza descubierta, sin sombrero; también llegan niños, niñas, que corren, que saltan; la animación crece, crece, y la campanita del Carmen voltea frenética..., hiende el espacio con su hablar metálico.

Se aproxima la hora. Va á llegar el tren de los maridos. La atención de las mujeres pende de la grave campana de la vía; no oyen cómo se desespera la campanita del Carmen. Todas las vísperas de fiesta sucede lo mismo: la capilla vacía, el jardín lleno. La obligación es antes que la devoción...

Don Pablo Masnou no ha podido abandonar su escritorio de Barcelona en toda la semana. Doña Angelita y Mercedes han salido también á esperarle, y, confundidas con las demás, pasean arriba y abajo por la alameda del jardín. No van solas: las acompaña el Caballero del Cisne y Ciro Galo.

Los novios cuchichean. El idilio amoroso está en su apogeo. En medio de la obscuridad se ven brillar las pupilas azules de Merceditas; irradian una alegría inmensa. La alegría de sus ojos presta á su rostro un encanto infinito. Está hermosa, radiante, la *pubilla* de casa Masnou.

XI

Ahi! che il bel sogno d'amor spari.
(*Lohengrin*, acto III, escena II.)

Al día siguiente es sábado. Finaliza agosto, las tardes son cortas, y hace ya bastante rato que el sol ha declinado. El jardín de la estación se ve invadido por numerosos grupos de damas y damiselas. La obscuridad apenas permite distinguir sus rostros. A este lugar no llega casi la luz cansada de los faroles del andén. Entre andén y jardín hay una valla de madera. El mujerío pasea, espera; si sus rostros no se ven, la alegría de sus espíritus se adivina; charlan, gritan, ríen; las voces argentinas salen de sus gargantas y se pierden en la hojarasca de las altas copas de los plátanos y los olmos, turbando el silencio que de ordinario reina en este paraje. La campanita de la capilla del Carmen, allí inmediata, llama al rosario, lanzando al aire sus notas agudas

kin, encomiando su acción heroica, encomio que él rechaza con naturalidad.

Otros grupos van con Mercedes y doña Angelita hasta su casa.

La figura del ruso se ha agigantado á los ojos de toda la colonia veraniega, y su arrojo de aquella mañana, unido á la aventura de la noche anterior, han acabado de convertirle en un personaje de novela, de cuya aureola participa también Merceditas para la opinión pública.

Los últimos en salir de Colón, como de costumbre, son Jaime Lluch y *el Trasatlántico*. Riera arriba, y olfateando el cocido, don Ramón ve surgir en su cerebro una gran idea.

—¿Qué le parece á usted nuestro héroe, amigo Jaime?—le dice.

—¡Sublime!

—Sabe usted que daríamos el gran golpe gestionando la concesión de la cruz de Beneficencia para este muchacho. ¡Ha sido valiente!

—¡Hombre, sí! Por fin ve usted claro en un asunto. Idea magnífica. Ha debido ser obra del catalejo. Don Ramón, no arroje usted al agua el catalejo. Manos á la obra. Hoy mismo escribimos á Romanones.

VIII

«En el más dulce de los cantos
siempre hay una rima amarga.»

(HEINE.)

«Amargura existe aun en el cáliz
del mejor amor.»

(NIETZSCHE.)

Por la calle de la Paz se ve venir toda la familia Berger. En primer término las tres Marías, con su hermano Alberto; detrás Anatolio con su esposa, la arrogante argentina.

Delante del hotelito de Masnou hacen alto.

—¡Mercedes! ¡Mercedes!—grita María Teresa, con la libertad que conceden las costumbres en los pueblos consagrados casi por completo á la explotación de los forasteros.

Como Mercedes no contesta, María Victoria, la hermana menor, llama con más fuerza:

—¡Doña Angelitaaa!

Se abren dos ventanas del piso primero, y

mo, aparentando una frialdad exquisita á la vez que cortés, que la que se desconcierta es la cubana, y comprendiendo que no puede conseguir el efecto que apetecía, aprovecha la invitación de un muchacho para salir de su falsa situación, lanzándose á valsar.

Entonces es cuando Noël queda temeroso de que las palabras de Panchita hayan despertado algún recelo en Mercedes. Pronto se convence de lo contrario. Por un fenómeno muy singular en los estados anímicos de los enamorados, todo lo desconfiada y quisquillosa que la tarde anterior se había encontrado Mercedes, muéstrase ahora de segura y satisfecha de su bien amado. Ni por un momento pasa por su cabeza que los dichos de Panchita puedan tener un ápice de verdad, y ella misma, antes de que Noël abra los labios, dice:

—Creía á Panchita un poco más avisada. Si su propósito era mortificarme de nuevo, pudo haber sido más ingeniosa.

—Verdaderamente que la invención no puede ser más burda—contesta el hijo de Parsifal, quedando muy tranquilo de ver engañada á su cortejo.

tretenida en bailar con varios jóvenes, y cuando le parece la ocasión más propicia, por encontrarse el coro de vírgenes muy animado y la parejita enamorada cerca del coro, se deja caer en una silla próxima á Ruskin y le dice bromeando:

—Buenas noches. No ha tenido usted tiempo todavía de saludar á las antiguas compañeras de hospedaje.

—Perdone usted, Panchita—se ve obligado á contestar Noël—. Como la vi á usted tan divertida...

—No tanto como usted, que madruga para ir de caza.

—¿Yo?—pregunta Ruskin un poco desconcertado; pero comprendiendo el alcance de la indirecta y la intención con que es lanzada, se repone al momento y se prepara á defenderse.

—Dicen que tiene usted los cepos puestos en Malgrat.

—Donosa ocurrencia. Si en mi vida he matado un pájaro—afirma Ruskin afectando indiferencia.

—Se dedicará usted á cazar pajaritas.

—¿Como usted? De buena gana.

—Las que usted prefiere están hacia el Molino de las Pedreras.

—No le comprendo, Panchita.

Ruskin contesta con tal dominio de sí mis-

doña Angelita y Mercedes se asoman, envueltas en elegantes batas guarnecidas de fino encaje.

—¡Qué sorpresa!—exclaman las de arriba.

—¿Quieren ustedes venir con nosotros?—pregunta la señora de Berger.

—¿Y adónde van ustedes?

—A San Vicente de Llevaneras.

La tarde es muy hermosa.

—Yo no puedo. Está el abuelito un poco delicado—dice doña Angelita.

—¿Cosa importante?—interroga Anatolio.

—No, no, á Dios gracias.

—Pues que venga Merceditas—apunta María Teresa.

—¡Si estoy sin vestir!

—No importa, te esperamos. Ven, que no te pesará.

—Entonces, entren ustedes—indica doña Angelita.

Toda la familia Berger penetra en la casa. El matrimonio y el hijo varón quedan con doña Angelita en el *hall*, aposentados en sendas butacas de mimbre, y las tres Marías suben con Merceditas al tocador de ésta para ayudarla á cambiar de ropa.

Después que las niñas han curioseado todos los *bibelots* de la *pubilla* de casa Masnou, elogiando el gusto de su amiguita y comentando

por milésima vez la hechura de los vestidos que le han visto lucir aquella temporada, María Teresa dice:

—Hubiera sentido que no fueras de nuestra partida esta tarde.

—¿Por qué?

—Porque vienen Ruskin y Panchita; nos estarán esperando en la entrada del paseo de los Ingleses con Eduvigis y Regina.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—No lo digo porque aproveches la ocasión de hablar con Noël. Ya sabemos que esas ocasiones te las sabes buscar sola—se oye á María Teresa con maliciosa sonrisa.

Merceditas la mira entre sorprendida y contrariada.

María Teresa prosigue, queriendo desvanecer el mal gesto de su amiga:

—Niñita, después de todo haces bien; cuando se quiere á una persona se tiene el derecho de buscar el modo de comunicarse con ella.

—¡No te comprendo!

—Ya verás. Te he dicho que me alegro que vengas, porque hemos sabido una cosa que te afecta y que tú podras evitar esta tarde. Somos buenas amigas, te queremos y estamos obligadas á enterarte, como tú harías con nosotras. Contando, naturalmente, con tu discreción.

La encargada de papel tan poco noble y, sin embargo, muy corriente entre mujeres, es María Teresa Berger. Se acerca á Panchita con mucho mimo:

—Querida, te están poniendo como un trapo.

—¿Quién?

—Puedes suponerlo.

—¿Y por qué motivo?

—Te parece que la hiciste rabiar poco ayer tarde...

—¿Yo?

—Se le figuró que querías robarlesu Adonis.

—¡Necia! Si, ya sé que le ha obligado á marcharse de la fonda.

—Pues ahora le ha exigido otra cosa. No debía decírtelo; pero tú eres para mí como una hermana, y entre hermanas se deben ayudar á todo. Le ha prohibido que te invite á bailar en toda la noche.

—¡Hola! Pues si cree que sacándole de la fonda y no permitiéndole bailar va á conseguir que no hable conmigo, está divertida. Verás lo que yo tardo en meterme entre ellos; y ¡bonitas cosas que me oirán! Acuérdate del adagio que nos enseñaban en el colegio: «Reirá más el que ría el último.»

—Harás muy bien, Panchita, porque están tan acaramelados que da asco.

Panchita deja pasar parte de la noche en-

—Bueno, dejemos esto.

—¿Y por qué no me ha contestado usted en todo el día? Me ha hecho estar impaciente.

—Ya le dije á usted que, por mi parte, era imposible entendernos por cartas. Cualquiera indiscreción podía hacer llegar una á manos del abuelito y tener un disgusto. No tengo confianza en las criadas.

—Pero contando con mamá.

—Mamá hace la vista gorda, y hace bastante. Tenga usted paciencia; es cuestión de tiempo; ya le convenceremos. La oposición del abuelito se funda sólo en creer que soy muy joven para andar en amoríos.

Así hablan Mercedes y Ruskin sentados en una de las otomanas que corren á lo largo de las paredes del salón del Casino. Él tratando de estrechar el cerco; ella loca de contenta al ver disipadas las nubes que se cernían la tarde anterior en el cielo de sus amores, y á la vez esforzándose en disfrazar los verdaderos motivos de la oposición de su abuelito, para evitar que su doncel se le escapara de las manos al verse rechazado por el patriarca de la familia.

Pero los ventanitos que hay entre la galería y el salón son muy traidores, y no falta quien se ha enterado de las condiciones del armisticio y ha ido en seguida con el cuento á Panchita, que no está muy lejos.

—Veamos.

—Ya sabes que Panchita Ramírez y Ruskin están hospedados en el mismo hotel; pues bien, desde hace unos días han notado sus compañeros de fonda que Panchita no deja parar á sol ni á sombra al ruso: en el comedor, en el salón, en todas partes le persigue con sus miradas, encuentra siempre medio de entablar conversación con él, y le importa de tal manera, que ya se ha convertido en tema de escándalo para los huéspedes su inclinación, y más siendo públicos los compromisos que contigo tiene. Parece mentira que Panchita sea tan poco recatada; nos ha dado un chasco atroz.

—No lo creo; no he observado nada en ellos.

—Eso es lo más particular: que en todas partes afecta la mayor indiferencia, y sólo en la fonda hace alarde de sus coqueterías. No sé qué puede proponerse.

—Repito que no lo creo. Noël es incapaz...

—Mi hermana no te dice que Ruskin le haga caso—interrumpió María Alicia—. Por lo demás, si quieres cerciorarte de la verdad, Vicentito Gavín te puede dar detalles. El fué quien lo contó á Alberto; no tenemos por qué guardar reserva.

—En fin, de todos modos, gracias por el aviso. Estaremos en guardia.

Merceditas sintió la punzada de los celos, y la sintió más porque venía por donde menos podía esperarla. Comprendía que Panchita era una rival temible; bonita, tan bonita como ella, no podía menos de reconocerlo, y además de bonita, graciosa y zalamera, como buena cubana. Ahora se acordaba que su tipo moreno y sus ojos negros, muy negros y muy sonrientes, podían tener quizás más atractivos para los hombres que los ojos azules. ¡Y Noël, que tenía especial pasión por los ojos! En un momento se forma dentro de su cabeza un mundo de suspicacias, de asechanzas, de recuerdos que hacen nacer la duda. Ya no le parecen los juramentos que ha escuchado á su amante tan sinceros; ya cree haber observado cierta frialdad en sus últimas entrevistas; ya está segura de haber sorprendido á la cubana espiando los movimientos de Ruskin con su mirada ardiente; pero ella entonces no podía sospechar sus intenciones.

Con el alma llena de inquietudes mal disimuladas, y el corazón acongojado, llegó Merceditas, en compañía de la familia Berger, al punto donde les esperaban las demás personas que iban á formar parte de la expedición á San Vicente de Llevaneras.

Allí estaban Panchita y Ruskin. Empezaron todos la marcha á pie, cruzando la vía

X

«El gusto de hablar es una de las pasiones más vivas de las mujeres.»

(LE SAGE: *Gil Blas de Santillana*.)

—¿Señal de paz?

—Que no ha de bailar usted en toda la noche con Panchita.

—Eso es poco; pídame usted más.

—Y que no sea usted tan ingrato conmigo.

—¿Es ingratitud quererla como yo la quiero?

—Sí, haciéndome sufrir como ayer tarde.

—Bien sabe usted que no por mi culpa. ¿Le entregaron mi carta?

—Sí.

—¿Está usted contenta?

—No exigía yo tanto. Ha sido para usted una molestia cambiarse de hotel. Para mí era suficiente su palabra de no reincidir.

—Eso no; para reincidir era preciso haber pecado, y yo aseguro á usted que no pequé. De este modo, quien quita la ocasión...

¿a qué tomar aquellas precauciones de montar en el tren cada uno en una estación?

¿Por qué la bella desconocida no fué con su marido? ¿Qué tenía que ver Ruskin en estas trapisondas?

—¿Y al regresar quedó Noël en Arenys?

—Sí, señor.

—De modo que no ha sacado usted nada en limpio.

—Tanto como nada. ¿Le parece á usted poco lo averiguado? Deje usted, que ya llegaremos al fin.

Panchita, no pudiendo prolongar por más tiempo su permanencia en la caseta, ha salido antes de terminar el diálogo y se ha marchado de la playa, sin que los entretenidos *masajistas* se hayan dado cuenta.

—¿Sabe usted—prosigue Lluch, cambiando de tema—que no me contesta Romanones á la recomendación de la cruz?

—Ya contestará—dice don Ramón—. Por cierto, tenemos que organizar una velada para imponerle las insignias. Verá usted el golpe que vamos á dar.

férrea y buscando la carretera que trepa por encima de los hoteles de la marina, descubriendo conforme avanza en zig-zag un panorama más hermoso, en el que de un lado queda el pueblo costero amontonando sus casucas en empinada loma, de otro las estribaciones de la sierra con sus campiñas verdeantes, y abajo el barrio aristocrático con sus lindos *chalets* en correcta formación, la línea del litoral, que desde arriba parece un ferrocarril de juguete, y luego el mar espléndido, con sus tonalidades y sus cambiantes de luz, con sus pinceladas azules, verdes, grises, encanto eterno del espíritu que lo contempla ávido de emociones.

La *pubilla* de casa Masnou trata de engañarse á sí misma fingiendo una alegría que no siente. Es inútil; pronto aparece en su rostro el abatimiento de su ánimo, y pasa casi todo el camino sobria en palabras y rígida de expresión.

Panchita, por el contrario, muéstrase, como siempre, contenta, decidora, expansiva, amable. Desde el primer momento se ha colocado junto á Mercedes y Noël, y parece poner empeño en abrumar con sus caricias y lagoterías á su amiguita. Mercedes, lejos de corresponder á las demostraciones de afabilidad de Panchita, le subleva más su conducta, y cada

vez aparece más seria y disgustada. Esto hace, naturalmente, que Ruskin tenga que sostener la conversación con Panchita y, como cosa inevitable, que se crucen entre los dos las miradas y las frases, muchas veces de doble intención, á que da lugar un diálogo sobre temas chanceros y triviales.

Merceditas adquiere por momentos la certidumbre de que las hijas de Berger no le han engañado, y los menores gestos, las más leves sonrisas, las traduce como señales de inteligencia, que le hacen sufrir horriblemente, creyendo que al engaño de que le hacen víctima están añadiendo la burla sarcástica y cruel, haciéndose el amor ante sus mismos ojos aquellos dos traidores.

Llegan los expedicionarios á la ermita. Una tradición popular asegura que las doncellas que arrojando una piedra dentro de la ermita aciertan á hacerla pasar por entre la cancela que guarece la capilla interior, contraen matrimonio antes de cumplirse el año. Claro es que todas las muchachas que en sus paseos se acercan á aquel piadoso lugar intentan probar fortuna, porque es muy halagador para ellas saber que van á cumplirse en plazo corto los deseos más vehementes que anidan en sus pechos. Y lo mismo que las demás jóvenes, las que esta tarde han subido á la ermita

—Pero sabe usted, amigo don Ramón, á lo que obligan las leyes del *masaje*: para saberlo todo, hay que sufrirlo todo.

—Certísimo. Así dice el capítulo catorceno, versículo quinternario.

—Y obediente á la ley, deseché todo escrúpulo y seguí adelante. Pararon nuevamente ante una modesta casa de la calle de San Juan y hablaron algunas palabras, que no llegaron á mis oídos, con una mujer vieja que, sentada delante de la puerta, hacía encaje. Después se dirigieron hacia el Molino de la Pedrera, donde está la central de electricidad, y como no podía seguir espionando sin ser sorprendido por Ruskin, determiné dejarles marchar en busca de su cado y volver á la estación para regresar en el tren que más me conviniera. Media hora más tarde llegaban ellos también á la estación, acompañados del contraamaestre de la fábrica, un alemán á quien yo conocía de vista porque había estado en la Electra de Mataró. Cayeron por tierra todas las suposiciones que tenía formadas. El viaje de aquellas dos personas no era un viaje de amor, no podía ya admitirse que fueran amantes. Habían ido á Malgrat para hablar con el contraamaestre; no tuvieron tiempo de otra cosa al subir y bajar del Molino en tan poco tiempo. Y para hablar con el contraamaestre,

da del último tren. Estaba clara su intención de que nadie le viera montar á la vez que aquella mujer, y este nuevo dato comprenderá usted que acrecentaba el interés de mis investigaciones.

—Sí, señor.

—Seguimos marchando. Pasamos por Canet, San Pol, Calella, Pineda, y ya creía yo que no me había equivocado mucho al tomar billete hasta el Empalme, cuando al llegar á Malgrat veo que Noël y la desconocida descienden rápidamente y se dirigen al pueblo. Hago yo lo mismo, y recatándome todo lo posible, procuro no perderlos de vista. No lejos de la estación se detuvieron en la farmacia y de allí salieron á los pocos minutos, llevando ella un pequeño paquete en la mano. Formaban una gentil pareja los viajeros. Para mí ya no cabía la menor duda que el Caballero del Cisne era un terrible y afortunado donjuanista que tenía bien repartidas las horas del día: en las ordinarias enamoraba á las doncellas de alcurnia, y en las extraordinarias mostrábase rendido galán de las casadas misteriosas. ¡Aprovechado mancebo! Ante esta persuasión, el papel que iba yo haciendo no era ante mi propia conciencia muy airoso que digamos.

—En efecto.

también quieren consultar su suerte con el santo.

En medio de la mayor algazara arrojan su piedra las tres Marías, y luego Eduvigis, Panchita y Regina. Unas aciertan, y otras no. Esto sirve de motivo para bromear un rato.

Merceditas se ve obligada á hacer lo mismo que sus amigas, por no dar que hablar, por encubrir el coraje que la devora. Su ánimo no está sereno, su pulso muy agitado y la piedra no pasa la cancela.

Panchita, siempre chancera, la dice:

—Nenita, tú no puedes casarte pronto. Eres de las que tiran la piedra y esconden la mano. ¡Quién ha de pedírtela!

Estas palabras son la gota que hace rebasar el cáliz de amargura que está bebiendo Mercedes. Ésta no quiere contestar; con un gesto de desdén, vuelve la espalda á Panchita.

Al regreso Noël Ruskin consigue hablar á solas con Mercedes.

—¿Qué tiene usted, se encuentra enferma?

—No—contesta con sequedad la niña.

—La veo á usted toda la tarde tan seria. Algo le pasa.

—Nada.

—Entonces, está usted enojada.

—¿Y á usted qué le importa?

—¡Mercedes! ¿A qué viene esto?

—Repito que á usted puede tenerle sin cuidado. Las catalanas somos muy adustas.

—Esa no es opinión mía. Sabe usted que lo ha dicho Panchita, como dice otras muchas cosas.

—Sí, defiéndala usted. Ya no falta otra cosa.

—¡Por Dios, Mercedes! Ni la defiendo, ni dejo de defenderla; pero ¿qué tiene que ver Panchita para que usted me trate de este modo?

—Ruskin, no sea usted hipócrita, por lo menos; si á usted le gusta Panchita más que yo, ningún contrato hemos celebrado.

—¡Vaya, Mercedes! Esto no se puede tolerar. Por fuerza hay alguna persona interesada en indisponernos.

—No necesita indisponernos nadie; bastante he visto yo esta tarde.

—Pero ¿qué ha visto usted?

—Nada, hombre, nada. Aquellas sonrisitas y aquellas bromitas, como si yo no estuviera delante. Creía que tenían los caballeros un poco más de vergüenza.

—Me va usted á volver loco. Sabe usted mejor que yo que si he seguido la conversación con Panchita se debe sólo á que usted se ha obstinado en permanecer muda, y he que-

no me cuesta nada hacer un viajecito de recreo.» Mi determinación fué tardía para poder tomar billete, porque ya el tren de Barcelona entraba en agujas, con una puntualidad poco acostumbrada. Pero ¿quién se apura? Recogí de manos del conductor la caja de cigarros, le pagué su comisión y monté en el convoy, avisando al revisor que había llegado cuando la taquilla estaba cerrada y que me habilitase un billete hasta el Empalme.

—Muy bien hecho.

—El tren se pone de nuevo en marcha. Como punto estratégico me meto en el coche *bar*, donde no podía infundir sospecha alguna. En el inmediato se había aposentado la bella desconocida junto á un ventanillo. Llegamos á Arenys, y ¿qué cree usted que encontramos en Arenys?

—Yo qué sé.

—¡Al propio hijo de Parsifal! ¡Si tengo yo unas narices!

—Como Gedeón, ya lo sabemos. Siga usted.

—Ruskin esperaba en el andén, envuelto en un largo gabán y con gorra inglesa en la cabeza. Indudablemente que había ido á pie hasta Arenys, pues nuestro tren era el primero de la mañana.

—Pudo haber dormido allí.

—Anoche le vimos aquí, después de la sali-

dirigimos á la estación. La veo aproximarse á la taquilla, trato de averiguar adónde va; pero se me interponen tres ó cuatro personas, y no consigo mi objeto.

—Haber preguntado al expendedor.

—No me pareció discreto, don Ramón; á mí me gusta saberlo todo, procurando obrar con cierto tacto. Nuestra bella desconocida salió al andén y se puso á pasear de arriba abajo como persona muy acostumbrada á estos trotes. Yo me senté en un banco. Comencé á hacer razonamientos y conjeturas sobre el inesperado encuentro, y traté de relacionar lo que teníamos visto con lo que veía. Por de pronto, era presumible que el viaje de aquella mujer no podía ser largo, porque no llevaba equipaje alguno, ni lo había facturado. Además, el hecho de marchar sola y dejarse el marido en casa lo confirmaba. La vida retirada y misteriosa del matrimonio, ó lo que sea, podía tener alguna relación con el viaje y al recordar que la otra noche vimos salir al amigo Ruskin de su casa, me dió una corazonada y se me puso en la cabeza la idea de que aquel viaje, aprovechando el primer tren de la mañana, en el que apenas sube gente, no podía menos de tener puntos de contacto con las observaciones que teníamos hechas. Entonces me dije, como la noche de marras: «Esto se complica;

rido evitar que ella se figurase que intentábamos lanzarla de nuestro lado con un silencio embarazoso.

—Sí; déme usted ahora lecciones de educación.

—De veras que me va usted á hacer perder la cabeza.

—Y lo de esta tarde es lo de menos. ¿Se figura usted que no estoy enterada de todo lo que hacen ustedes en la fonda?

—Ya dije yo que hay alguna persona interesada en malquistarnos. En la fonda no podemos hacer gran cosa, porque no permanezco en ella más que á las horas de comer.

—Y eso basta.

—No podía figurarme que no había conquistado todavía su confianza.

Han llegado cerca de casa Masnou, y la conversación no puede prolongarse. Sus acompañantes lo impiden. Al despedirse y entrar Mercedes en su domicilio, Ruskin la pregunta en voz baja:

—¿Irás usted á Colón esta noche?

—No—contesta Merceditas, que desaparece rápidamente tras de la puerta del hotelito.

Merceditas no ha querido ir á Colón para demostrar á su novio que la tiene sin cuidado su conducta; pero pasa la velada febril y angustiada, pensando en que su ausencia de Co-

lón habrá favorecido á Panchita para coque-
tear con Noël bien á su gusto.

Cuando se retira al lecho, con los ojos preñados de lágrimas y temerosa de pasar una mala noche bajo las torturas de su corazón, la doncella que entra á desnudarla le entrega una carta.

—¿Quién se la ha entregado?

—El señorito Ruskin.

—¿Dónde?

—En la calle. ¡Si hace dos horas que anda rondando la casa!

Esto tranquiliza á Mercedes. Es una prueba de que Noël tampoco ha concurrido á Colón. La doncella sale del cuarto y Merceditas lee la carta. Después de muchas protestas de amor y serios razonamientos para demostrarle el error en que está, le anuncia que aquella misma noche se cambia de hotel para que se convenza de lo poco que le importa la presencia de Panchita.

Esta prueba acaba de llevar la paz al espíritu de Mercedes, que se duerme tranquilamente, pensando que era imposible que un hombre que había demostrado con su acción heroica de la otra mañana sus nobles cualidades, fuera capaz de engañar á primeras de cambio á una niña que incautamente le entregaba su corazón, aun contra la voluntad de su abuelo.

—Todo lo que yo tengo de tacaño lo tiene usted de fresco.

—No en estos momentos.

—Bonita manera de pedir. Muy caros me cuestan...

—Se los habrán regalado.

—Pero se fumará usted veinticinco.

—¿La caja es de cincuenta? ¡No me conformo con menos de la mitad!

—¡Qué exigente! ¿En qué íbamos de nuestro cuento?

—Creo que caminaba usted hacia la estación en busca del encargo delicado.

—¡Ah, sí! Al cruzar el paso á nivel se me puso delante una señora alta, bien plantada, de algunas libras. Vestía un trajecillo gris hechura sastre, y de su sombrero de paja pendía un velo blanco de los llamados de farol, tan espeso que se adivinaba la intención de ocultar el rostro á las miradas de los curiosos.

—¿Y cómo supo usted que era ella?

—La casualidad, don Ramón, la casualidad, que es la providencia de todos los inocentes. Manelet el cabrero, que estaba al otro lado de la vía, me guiñó un ojo, como diciendo: «Ahí tiene usted la que tanto le intriga.»

—¿Y usted qué hizo?

—No tuve que hacer nada. Llevábamos el mismo camino. Ella delante y yo detrás, nos

celos que ella había provocado en Mercedes, sin intención alguna y dejándose llevar de su carácter animado y locuaz, y el precipitado cambio de hospedaje del ruso convierten en atractivas y sugestionadoras cuantas noticias de aquel singular enamorado pueden llegar á sus oídos.

—Tiene usted una suerte loca—se oía á don Ramón—. Yo ni madrugando ni trasnochando puedo dar con la misteriosa beldad, y usted se la va á encontrar hasta en los garbanzos.

—No exagere usted, amigo don Ramón. Le he dicho que es la primera vez que la he visto.

—Bueno, bueno; cuente usted.

—Iba yo esta mañana á esperar el tren de las cinco y media, con objeto de recoger un encargo delicado que me traía el conductor...

—¿Y se puede saber qué encargo era ése?

—¡Don Ramón! ¡No sea usted indiscreto!... Ya le he dicho que era un encargo delicado.

—¡Ya, ya! Buen encargo será.

—Es usted atroz. No vaya usted á pensar cualquier majadería. Era, sencillamente, una caja de ricos habanos, que no se podía confiar á cualquiera. Sabe usted lo que los aprecio.

—¡Acabáramos! Haber empezado por mandarme á casa media caja y no venir con esos eufemismos para excusarse el regalo. Es usted muy tacaño.

Lo de Panchita debía ser una mala intención de María Teresa, ó si había algo, seguramente que Noël no era culpable. Panchita sólo querría divertirse con ella.

Con tanta facilidad pasan de un extremo á otro, de la alegría á la tristeza, del desencanto á la ilusión los corazones juveniles que son juguetes del amor.

IX

«Cada día vemos cosas nuevas; bien es vivir para experimentar condiciones.»

(ESPINEL: *Marcos de Obregón*.)

Por excepción, *el Trasatlántico* y su amigo Lluch han abandonado su puesto favorito: el ángulo de la galería donde de ordinario establecen su cátedra de *masaje*, para bajar á la playa.

La mañana está calurosa, y como el sol camina ya hacia la mitad de su carrera, pega de firme. No importa. Don Ramón se aviene á sudar una camisa y aguanta el movimiento acelerado de sus fuelles á cambio de poder contemplar más de cerca las formas de las bellas. El tiempo convida al baño y son muchas las damas y damitas que se han lanzado al agua en busca de un rato de solaz y frescura. Del espectáculo no se puede gozar todos los días, porque la afición de las mujeres por

el agua en estas playas es intermitente, como ciertas fiebres; y esto justifica que los amigos *masajistas* hayan perturbado sus costumbres, deseosos de aprovechar la ocasión y cogerla por los cabellos, ó por donde la fortuna les depare.

Panchita Ramírez sale del agua, y recatando las hermosas redondeces que le ha concedido la Naturaleza con una blanquísima capa de caucho que le alarga el bañero, con saladísimo garbo, celebrando á carcajadas el chasco que ha dado á los mirones, cruza la arena para guarecerse en la caseta de baño. Sólo enseña los pies, unos piececitos «como dos puñados de purísima nieve con diez gotitas de coral rosado», según frase de Jaime Lluch, amigo de hacer frases.

Lluch y don Ramón descansan en sendas butacas, algo apartados de los grupos de señoras y niños que invaden la playa, pero muy cerca de la caseta donde la cubana se ha metido para vestirse. Aunque hablan en voz baja, Panchita se entera de la conversación de los dos amigos, y de tal modo le intriga desde el principio, que dilata todo lo posible la terminación de su tocado.

Realmente el diálogo tiene para Panchita un interés supremo en aquellos momentos. Oye hablar del Caballero del Cisne y de los

oyéndole hablar de las bellezas artísticas que encerraban las principales poblaciones del orbe.

—Sí—dice al fin—; pero acostumbrado á viajar constantemente, no podrás acomodarte á la vida pacífica del hogar.

—¿Por qué no? Cuando llegue el caso, nos estableceremos en Barcelona ó donde tú quieras.

—Y tus padres, ¿dónde habitan?... No me has hablado nunca de tus padres...

La conversación se interrumpe.

Un silbido ronco, lejano, pone en movimiento al personal de la vía. Ya aparece allí en la curva, como á un kilómetro, el ojo encarnado que se destaca en el fondo negro del horizonte, bajo, muy bajo, casi á ras del camino. Conforme avanza, se ensancha su órbita, y el sobrealiento del monstruo se hace más perceptible. La gente del jardín se agolpa contra la barrera y los chicos trepan por entre sus barrotes. Todas las cabezas se vuelven en la misma dirección. El tren va doblando una curva. En el espacio obscuro se dibuja una larga serie de ventanillas iluminadas, que parecen caminar por el espacio suspendidas como fantástica visión, sin pertenecer á un cuerpo determinado. Aquel efecto de luz forma una ondulación y desaparece. El tren en-

tra en agujas. Suena una bocina. El tren se acerca..., llega..., está ya delante..., se para.

Los viajeros descienden con precipitación; hay que aprovechar el minuto. Comienzan á cruzarse frases entre los que llegan y los que esperan; el vocerío se hace ensordecedor.

Don Pablo Masnou abraza á su mujer y á su hija y saluda á sus acompañantes.

En aquel momento sucede una cosa extraña. Un caballero, seguido de una pareja de mozos de escuadra, se aproxima al grupo que forman la familia Masnou y sus amigos, y encarándose con el ruso, le pregunta en formas poco corteses:

—¿Es usted el que llaman Noël Ruskin?

—Sí, señor.

—Queda usted detenido en nombre de la ley.

—¿Cómo? Esto es un atropello. Usted, ¿con qué derecho?

—Soy el jefe de policía de la provincia y traigo auto del juez, luego lo verá.

—Protestaré ante mi cónsul.

—Eso á mí no me incumbe; por de pronto, sígame.

La escena es tan rápida, que las gentes que invaden el andén casi no se han dado cuenta de ella. El tren, entretanto, se ha puesto de nuevo en marcha.

El policía ha hecho entrar á Ruskin con la

pareja en el despacho del jefe de la estación, obligándole á cerrar las ventanas, para evitar la curiosidad del público.

Ciro Galo y Masnou han tratado de intervenir.

—Ha debido sufrir usted alguna equivocación.

—Caballeros—los contesta el policía—, no intenten ustedes mezclarse en este asunto, porque no les favorecería mucho. Sigán mi consejo.

Ante tal respuesta, desisten de toda intervención. El efecto que en ellos y en las mujeres ha causado aquel hecho ha sido de estupefacción, de asombro. A Merceditas parece que la han clavado en tierra. Al ver cómo desaparece su amado, seguido de los mozos de escuadra, siente dentro del alma algo así como un crujido; el terror, la indignación, el desencanto, los más opuestos sentimientos libran batalla en su espíritu y acongojan su corazón. No asoman lágrimas á sus ojos. Agárrase al brazo de su madre, y cuando ésta la arrastra más que la saca de aquel lugar, un temblor nervioso comienza á agitar todos sus miembros.

—¡Por Dios, Merceditas, serénate!—le dice doña Angelita.

Ni la buena señora, ni su marido, ni Giro Galo encuentran palabras para más. Juntos y

silenciosos emprenden el camino de su casa, tratando de esquivar el contacto de los grupos que se dispersan.

Cinco minutos más tarde se oye la trepidación del tren descendente que viene de Arenys. El andén está casi desierto. La luz sinietra de los faroles de petróleo hace brillar los galones de plata de los mozos de escuadra, que montan en el convoy precedidos de dos señores. Suena la campana, un silbido, y el tren se pierde en la sombra en dirección á Barcelona.

Se aleja con aire de desafío, y al penetrar en el salón, donde se han refugiado algunas jóvenes, encuentra á Panchita Ramírez con sus hermosos ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué le pasa á usted, niñita?...

—Nada, don Ciro, no lo puedo remediar; me ahoga la pena pensando en lo que habrá sufrido Merceditas.

—¡Oh, qué buen corazón tiene usted, hija mía! ¡Luego dirán que es usted una loquilla!

men político, pero que evidencia la bondad de la obra hispánica. Quiero referirme á la constitución del hogar en las colonias que España formó, y á las que llevó, con su sangre, su nobleza, tan grande ayer como hoy, como mañana y como siempre.

El hogar colonial en nada se diferencia del hogar peninsular. Allí, como aquí, fué la moralidad su base, y es todavía corriente hallar en el interior de mi país de esas que nosotros llamamos casas patriarcales, donde la constitución y el modo de ser de la familia se mantienen como en los días del régimen colonial. ¡Y hay que ver y hay que gustar la paz de aquellas gentes!

Así, España se perpetúa entre nosotros. La llevamos en la sangre y, por necesaria consecuencia, en el espíritu.

En las cosas del alma—no lo digo para halagar vuestros oídos—somos tan españoles los americanos como los hijos de la Península, y ello prueba cómo se eterniza la obra de España. ¿Y queréis un triunfo más grande y más sólido que éste?

Porque no quiero seros gravoso, voy á terminar. España está ya reivindicada por todo lo estable que queda de su obra, y á esa reivindicación espontánea va á seguir en breve otra blasonada por la nobleza que sembrasteis en América, y que es hoy tan patrimonio vuestro como de los que hemos nacido del otro lado del mar.

Y eso que comienza á despuntar como un sol tras el rosicler de una aurora que se nos quiso antojar un día por lo clara, es precisamente lo que viene á anunciar mi exposición. Mi palabra es la palabra de América.

Rómulo D. Carbia.

Madrid, abril de 1912.

VISIÓN DE AMOR

A solas con mis dulces pensamientos,
lejos de la ciudad, y monte arriba,
de la flor del recuerdo voy libando
la miel de mis más puras alegrías.
Sosiego dan á mi pensar los árboles
que la senda sombrean, y la brisa
grato frescor que es vida para el cuerpo,
grato frescor que para el alma es vida,
porque le trae amores en sus alas
con su ligero soplo de caricia;
y el mar, con su rizada superficie,
que anonada al mirarla nuestra vista,
como llanura azul que sólo el cielo
de su furor burlándose limita,
á mi mente, de gozo saturada,
una tristeza trae aún no sentida;
no abarca el ojo el mar: ¡para el cariño
cuán pequeña es el alma todavía!

* * *

Pintorescas casitas mi camino
bordean, y avanzando monte arriba,
de la flor del recuerdo voy libando
la miel de mis más puras alegrías.
Otras veces tan sólo aquel sendero
tenía para mí belleza tímida,
que el pecho visitaba, pero nunca
llegaba hasta inundar el alma mía.
Y hoy es el mismo, y, sin embargo, tiene
una hermosura que mi ser domina...,
y voy desvaneciendo los recuerdos
á los que antes mi mente diera vida,
para que viva más, aunque ellos mueran,
la de mi espíritu ilusión querida,
y, aunque abiertos los ojos y en el mundo,
sueños sueño que al cielo me aproximan.

* * *

No estoy solo... ¡Qué triste es estar solo,
lejos un alma de la nuestra amiga,
á quien se cuentan todos los pesares,
con quien la miel partimos de las dichas!
¡Qué triste es estar solo cuando un alma
vive con otra dulcemente unida
como la hoja y la rama, y las separa
la ausencia triste, aunque la llama aviva!

*
* *

No estoy solo; te veo, creo hablarte,
sentirte junto á mí; tu frente límpida
y tus ojos azules son el libro
en que leo tu amor; tu cabecita
cerca está de la mía, y nuestros ojos
se besan, aunque creas que se miran,
con un beso más puro que ese beso
que del cielo y del mar me trae la brisa;
cual la ilusión son de oro tus cabellos,
rayos de sol; por eso el alma mía,
antes estéril yermo, se ha tornado
bello jardín que mil flores matizan:
la flor de la esperanza, del consuelo,
la flor del sacrificio, ¡flor bendita!

*
* *

Eres tú; yo te digo como antes
cuantos sentires á mi pecho agitan,
y sigo, con mis nobles entusiasmos,
queriendo hacer por ti feliz mi vida
(pues no puede hacer á otro venturoso
quien no tiene el tesoro de su dicha),
y unas veces, volviendo á mi pasado,
los juegos ves de mi niñez tranquila,
y otras te digo el porvenir que ansío,
un bello porvenir..., y acaso olvida
mi mente al tiempo, ese cruel anciano
que, fuerte en su vejez, su gloria cifra
en ir desmoronando los castillos
que eleva nuestra loca fantasía;
y la luz sorprendiendo del cariño
que brilla suavemente en tus pupilas,

ante mis sueños de oro, se interrumpe
esa visión de amor, y, monte arriba,
me vuelvo á contemplar la azul llanura,
que es cada vez de mi alma más amiga,
pues como mi alma tiene tempestades,
y como mi cariño es infinita.

Cristóbal Pellegero.

LA VIRGEN DEL OCAÑO

Piensas, pobre alma, en silencio mirando á la tarde
declinar lentamente. El cielo es ensueño.
Es la hora sagrada de la muerte bella,
cuando al alma acarician amados recuerdos.
En el fondo de tus ojos juegan las tintas
de las nubes de oro tendidas á lo lejos...
Son cirios que velan la muerte de las ilusiones;
son cirios que velan la muerte de los ensueños.
¡Pobre virgen del ocaso de los amores!
Triste como la Virgen de los Dolores.
Pero no es esa tarde que declina la tarde
de tu vida de anhelos y de esperanzas,
que llegan presurosos á tu pensamiento,
que agita en silencio sus nerviosas alas...
Los pájaros alegres de voces juguetonas
rozan con rauda vuelo las hierbas de las lomas.
Y allá, al otro lado, en la vega adormecida,
busca la mariposa la flor más escondida.
En el sagrado bosque la religión más pura
litúrgicos cantos de su culto murmura.
Las bulliciosas brisas en las hojas juegan
y de Naturaleza los misterios cuchichean.
¿Qué más deseas? ¿Cuándo imaginaste
una más bella corte de adoradores?
Virgen del ocaso, no pongas tu mirada
como de Virgen de los Dolores.
Si no te bastan caricias tan regaladas,
si quieres palabras y ternuras más hondas
que las que murmuran por entre las frondas
las aves piadosas, las aves amadas,

las que hablan de amores con recogimiento
á todo el que siente lo que yo siento,
recibe la ofrenda que mi alma te envía;
es un amor que guardaba en el fondo
del alma mía...

Sea, pues, el conjuro que te arrebate
de esas horas amargas que te aprisionan.
Ven, alma mía; escucha, que ya se acercan...
Son voces de la vida. ¡Qué alegres suenan!
Funde en tu alegre risa toda tristeza;
esa risa gorjeo de notas de oro,
esa risa que canta canción de amores,
esa risa, bien mío, que tanto adoro.
Déjame que la escuche, que es redentora
de las penas que invaden mi alma afligida.
Eso no es un ocaso; será una aurora
que habrá de revelarme toda una vida.

Mariano Ferrer Lalana.



INFORMACIONES

Financiera

Las Compañías de navegación alemanas

Ampliación de servicios

La Compañía de navegación Hamburgo Sudamericana, que sólo hace unos meses incorporaba á su importante flota el *Cap Finisterre*, el vapor más perfeccionado de cuantos hacen el viaje á Sudamérica, ha comenzado el 20 de febrero pasado en los astilleros Vulkan, de Stettin, la construcción de otra nueva unidad que se denominará *Cap Trafalgar*.

El nuevo coloso será de mucho mayores dimensiones que el *Cap Finisterre*, pues tendrá 610 pies de largo por 72 de ancho, con un tonelaje bruto de 20.000 toneladas. Se adoptarán en el *Cap Trafalgar* importantes innovaciones en sus instalaciones para pasajeros, que serán para 500 de primera clase y 350 de segunda.

La velocidad que tendrá el vapor se mantiene aún en reserva; pero el *Cap Trafalgar* será construído para batir no sólo los actuales *records* de velocidad que mantienen hoy día el *Cap Finisterre* y *Principessa Mafalda*, sino para sobrepasar todo otro vapor capaz de hacer la navegación á Sudamérica.

Por su parte la Hamburg Amerika Linie, que hace el servicio de Sudamérica en combinación con la Hamburgo Sudamericana, ha ordenado la construcción de dos vapores iguales al *Cap Trafalgar*; de modo que para mediados del año próximo las Compañías alemanas tendrán en la línea á Buenos Aires tres nuevos vapores.

Entretanto, y en vista del aumento de tráfico de pasajeros con la República Argentina, en julio próximo se incorporará á la actual flota el lujoso vapor *Bluecher*, que es, después del *Cap Finisterre*, el vapor más grande de Sudamérica. El *Bluecher* permanecerá antes tres meses en Hamburgo, donde se le harán importantes reformas en los salones y camarotes.

Al preocuparse las Compañías hamburguesas de desarrollar en una forma tan amplia sus servicios á la Argentina con el aumento de tanto vapor de lujo, no han olvidado que, siendo aquél un país de inmigración, debe también á ésta ofrecérsele ventajas y adelantos en la navegación, como al pasajero de primera clase. Al efecto, la Hamburgo Sudamericana acaba de construir dos grandes vapores de 15.000 toneladas á doble hélice y 14 $\frac{1}{2}$ millas de marcha, dedicados al tráfico de tercera clase.

Estos vapores, cuyos nombres son *Buenos Aires* y *Bahía Blanca*, serán iguales al *Ancona*, *Verona* y *Taormina*, las tres unidades italianas conceptuadas como las más perfectas por sus instalaciones modernas de tercera clase.

El *Buenos Aires* y el *Bahía Blanca* tendrán comodidades para 150 pasajeros de segunda clase económica y 2.500 de tercera.

Bibliográfica

Siembras, poesías de José Martínez Jerez.—Biblioteca ATENEO.—Accésit de la Academia de la Poesía Española.

He aquí un nuevo soñador que procuróse entrada en el ya concurrido templo de la Poesía española. Preséntase en actitud humilde; con su pequeño libro en la diestra mano, y en la otra, á guisa de salvoconducto, el diploma que una asamblea de consagrados le otorgó.

En la cubierta de su *in octavo* destaca impresa con titulares una palabra roja: *Siembras*. Tal rúbrica no es engañosa ni falaz. Debajo de ella corren los desiguales surcos del verso en que, como simiente, desgranó un poeta novel sus sensaciones juveniles, sus anhelos de belleza, sus efusiones de amor. Si esa simiente ha de trocarse un día en campo dorado de recias espigas, y más tarde en pan sazonado y sabroso, ¿quién es capaz de predecirlo?

Irreflexivamente aventuran algunos el juicio de que los actuales son tiempos poco propicios á la poesía. Suelen ser quienes tal afirman personas de una cierta edad que echan de menos los no muy lejanos años en que se cantaban las rimas de Bécquer, se recitaban en teatros, casinos provincianos y tertulias caseras los poemas de Núñez de Arce, y aun personas casi iletradas tenían noticia de Campoamor por la dolora ¡*Quién supiera escribir!* y la carta famosa de *El tren expreso*.

Fíjense para hacer tal afirmación en ciertos signos externos que parecen, en efecto, justificarla. La desaparición de las reuniones familiares, muertas á manos, primero de los escritores que á sí mismos se llamaban cómicos, después por la aparente baratura que diera á las funciones teatrales el fraccionamiento del espectáculo, y últimamente por la difusión extraordinaria del cine-music-hall de baja estofa; la acción corrosiva de este género infinitamente pequeño, que, desviando hacia sus tablados las corrientes que sólo desaguaban antes ocultamente en las charcas de la mancebía, ha degradado el nivel moral de nuestras clases medias y encanallado el lenguaje y las costumbres de

éstas y del pueblo sencillo y dócil; el desfreno de los deportes, que de higiénicos se han convertido en España en epidémicos; y, por último, la desviación que ha traído al espíritu severo y pudoroso de la mujer española el trueque de su elegante sencillez por la aceptación servil y ciega de la moda extraña, que iguala en el atavío á la señora y á la aventurera y llega de hecho también á acortar la distancia moral entre una y otra, han contribuido á enrarecer el ambiente de nuestra sociedad en tal forma, que parecen haberlo convertido en medio inadecuado para que en él vivan sin marchitarse las delicadas flores de la poesía y del ideal.

Mas es lo cierto que, acaso por ansia de respirar auras puras y sedantes, restauradoras de las energías que ese caliginoso ambiente enerva, nunca como hoy Castilla abundó en poetas, aun habiendo sido siempre, según dijo Menéndez y Pelayo, la aptitud poética connatural á nuestra raza; y quizás sean hoy más leídos que nunca también. Y cuenta que ahora la sagrada legión intenta subir algunas gradas más de las que conducen al tabernáculo de la Belleza, y sublima y sutiliza sus cantos, exigiendo de los fieles una devoción más profunda, un mayor recogimiento y una atención más sostenida.

Lo que absurdamente se llamó años atrás movimiento modernista, tan encarnizadamente combatido como lo fueron todas nuestras transformaciones y evoluciones poéticas, desde la de Boscán y Garcilaso hasta esta última, iniciada por el multiforme Rubén (*Azorín* reclamaba ha poco la gloria de esta iniciación para Rosalía Castro, ensalzada por la Real Academia, que editó poesías suyas, entre ellas *Los robles*), podrá haber incurrido en excesos y exageraciones; pero, en definitiva, ha señalado un progreso evidente en la lírica española. Si el poeta, según Emerson, es el que *dice*, el que nombra y representa la belleza; si, como él mismo afirma, cada nuevo período requiere un distinto modo de expresión, y esto hace que siempre el mundo espere su poeta, llamen como les parezca á ese movimiento, pero bien venido sea: que él ha *desamortizado* la

elocución y el lenguaje poéticos, ha arrancado de sus campos la mala hierba del lugar común, y ha apartado los linderos de nuestra lírica gloriosa á lugares gran trecho lejanos de aquellos en que una vez más se había inscrito el temerario *nec plus ultra*. Los nuevos no escribirán esas palabras. Oído al mismo Darío: «Me encantan los versos de Pichardo, antes que todo, porque no veo en él á un fanático de escuelas ó maniático de maneras.» El llama sabias á las libertades que han invadido la métrica de todas las lenguas; pero se felicita de que el verso libre no haya llegado en España á «la licencia de los versolibristas franceses, aun con haber escrito Manuel Machado versos libérrimos».

Hoy, pasada la época heroica, la de lucha por esas libertades, vuélvense los ojos con amor á las formas clásicas para enriquecerlas con los nuevos tesoros allegados. La poesía, como irradiación divina, no debe tener acepción de personas ni de escuelas. Aquel será más alto poeta que mejor y más bellamente traduzca sin alterarlas las vibraciones de su alma en sus contactos con el mundo y la vida.

La cuestión métrica es en poesía algo parecido á la de la forma de gobierno en política. Apasionó mucho. Hoy apenas es cuestión. Respecto á métrica se ha llegado en todas partes á un eclecticismo encantador. Días hace no más que leía un recientísimo artículo de Emile Faguet, en el cual, con motivo del poemita de Vielé-Griffin—el *versolibrista* impenitente—*Le supplice de Tantale*, se alababa á este poeta por haber llegado á adecuar su verso al asunto, usando desde lo que pudiera llamarse prosa rimada hasta el alejandrino perfecto y clásico, según ha de expresar vaguedades y vacilaciones de su espíritu, ideas más ó menos imprecisas, ó estados de ánimo definidos, graves, rotundos. Martínez Jerez en este respecto es todavía de los más dados á romper la dorada cárcel de los ritmos usuales. Machado, el de los versos libérrimos, ha sido, sin duda, por él muy leído y, como dice en *Apostilla*, entre aquellos clásicos procedimientos siente vértigos y cansancio á la vez. Sangre y juventud, y con ellas, impetuosidad. Sin perder su fuerza y su empuje, esa sangre y esa juventud latirán más acompasadamente, y ellas mismas le marcarán los ritmos iguales

de las estrofas uniformes. La exterior vestidura irá ajustándose al cuerpo opulento, pero no deforme, de su poesía, y la Belleza hará de él uno de sus ungidos. Quien siente y dice como Martínez Jerez dice y siente en *El poema de los viejos libros* y *Crepúsculo en el campo*; quien escribe *Atala*, *La novia lejana*, *La ofrenda* y las tres primeras estrofas de *Kursaal*, tiene derecho á creerse poeta y á ser leído por aquellos que de verdad aman las letras castellanas.

Es costumbre viciosa de toda noticia bibliográfica la de volcar en ella parte del libro criticado, á pretexto de hacer resalte de sus bellezas y de probar con ejemplos, como en los libros primiescolares, aquello que se afirma. Con ello se priva al lector del encanto de lo nuevo. Por eso nosotros no lo habremos de hacer. Sólo á título de muestra única copiamos una breve composición, *Crepúsculo en la aldea*:

Lacra en rojo la ardiente luz poniente
la torre de la iglesia de la aldea;
sangra el sol en la cruz cristianamente
y en la flecha del ábside flamea.
Se asoman las vecinas á las puertas
y oyense entre sus duelos sinventuras
un pisar impaciente de herraduras
y un vago son de campanadas muertas.
Pasa el cura, que vuelve de la ermita,
y los chicos le besan la bendita
mano, donde el dolor dejó sus huellas...
Santiguense unas viejas visionarias;
y las calles se quedan solitarias
bajo la anunciación de las estrellas.

Martínez Jerez halla aspectos nuevos en las cosas diarias, vulgares de la existencia ciudadana monótona y gris, y sabe darles expresión nueva y brillante. Cuando su vida vaya complicando la trabazón, y á sus ojos, ansiosos de ver, muéstrase como tapiz multicolor de infinitos y variadísimos tonos, esa visualidad, ese poder de decir fiel y poéticamente sus sentires harán de él algo muy alto y muy noble, lo más noble y más alto que existe: un verdadero poeta.

Para ello habrá de sustraerse á la fascinación que suele producir el inmoderado admirar á los que se acercaron á las cumbres. Ya Richter decía que no hay nada tan nocivo para un poeta joven como la asidua lectura de un gran poeta; y llegaba á preferir á esta lectura constante la ocupación de un empleo cualquiera ajeno á las letras. En los

momentos de meditación el poeta se irá formando sin dejar de ser él mismo. Aunando á esta progresiva afirmación de su personalidad un cuidado exquisito de no incurrir en la paradoja de aspirar á mayor libertad y, al propio tiempo, complacerse en realizar caprichos pueriles de forma, como *Crepúsculo matinal*; limpiándose de ciertas incorrecciones de lenguaje y aun de vocablos que, acaso por incomprensible precipitación al corregir, quedaron en su primer libro; desechando las reminiscencias librescas, sobre todo las atinentes á un pesimismo y *perversismo* afectados é insinceros de mediato origen verleniano, búsquese á sí cada vez más, que él se hallará; desentrañe la poesía que á nuestras almas, muchas veces indiferentes, ofrece la generosa Naturaleza, siempre encinta del Ideal, y, lenta y seguramente, ascienda y escale las cimas azules y puras del supremo arte.

Por fortuna para la república, digan lo que quisieren algunos malhumorados filósofos y economistas, los poetas hoy son multitud. Ninguno, empero, ha sabido ser hasta ahora el poeta de la raza; ninguno acertó á constituirse en el portaestandarte del espíritu hispano, ansioso, á pesar de todo, de continuar su gesta interrumpida; ninguno supo ser para los pueblos de esta habla española, pura como agua de manantial y diáfana como cielo sereno, lo que para los anglosajones de uno y otro hemisferio han sido Kipling y Whitman.

Apretemos las filas fraternalmente y, esperando al deseado, preparémosle el camino, removiéndolo con nuestra labor incesante y arrojando á los abiertos surcos puñados de simiente, que no toda se perderá. En este sentido, el título de *Siembras*, que en letras como de fuego ostenta el libro de Martínez Jerez, es consolador y simbólico. Siga adelante el sembrador, sin atender á las sollicitaciones de quienes quisieren sellarlo como de su grey, ni á las vayas y burlas de los que pretendieren detenerle en su camino, sólo fija la vista en la suprema claridad de la Belleza que ilumina á todo vidente que viene á este mundo. Y que siempre pueda con verdad grabarse sobre su obra aquella divisa que Mæterlinck dice haber leído en un cuadrante solar: *A lumine motus*.

F. de Asís Jiménez Moya.

La gruta, poesías de Ignacio Zaldívar.

El libro del poeta premiado por la Academia de la Poesía Española ha visto la luz en estos días. La primera labor de la Academia no pudo ser más digna de elogio. Deseaba coménzar por la prueba de existir en España ignorados poetas dignos de estímulo y de aplauso.

Zaldívar, Martínez Jerez y Andión han publicado ya sus libros y son juzgados con estimación unánime. Goy de Silva, Berdejo y Vega tienen también en prensa sus notabilísimas producciones primeras.

Hoy nos concretaremos á hablar de Ignacio Zaldívar. Su libro se titula *La gruta*, y hemos ya anticipado en estas páginas la publicación de algunas de sus bellas composiciones.

No son éstas, en verdad, las de un poeta principiante, sino las de un poeta hecho que sabe el camino que sigue y se revela siempre artista, alentando sus producciones todas con el calor de una sinceridad y un sentimiento que las avaloran intensamente.

De su independencia se puede juzgar con sólo leer una cualquiera de las poesías. Su espíritu noble y sano no se deja seducir por esa desordenada rebeldía de hoy que se ha dado en llamar *bello gesto*.

Gallardamente lo declara en sus sonetos *La vida y el arte*, que dicen así:

I

Es vil, aun con laureles, la frente envilecida,
y aun siendo hijo de Apolo, es el malo vil paria;
su madre, una ramera; la musa mercenaria,
por todos los histriones del verso requerida...

Hay que labrar el Verso, pero también la Vida,
en una lucha interna, paciente y solitaria,
hasta que surja en himnos, en flores, en plegaria,
en llanto de ternuras inmensas convertida.

Entre los sacerdotes sacrilegos del Arte,
por la ciudad del Vicio y el Deshonor dispersos,
con mi tristeza honrada yo habito un mundo aparte.

¡Mis Versos y mi Vida, cual los cristales, tersos!
Yo siempre he procurado poner en mi estandarte:
arriba, buenas obras, y abajo, buenos versos.

II

Has llorado, has reído. ¡Oh corazón, advierte
que debió sucederte cuanto te ha sucedido,
para doblar tu fuerza, por ser un combatido,
y para ser piadoso sin dejar de ser fuerte!

Sonrisas de la aurora, negruras de la muerte,
alzarte victorioso, rodar desfallecido...
Por todos esos tramos tu espíritu ha subido,
y todas esas cosas debieron sucederte.

Sin esos escultores—las hieles y el veneno—,
tu espíritu sería como estatua incompleta:
no cincelado mármol, sino amasado cieno.

Lo sabe el que tan alta quiso trazar tu meta,
que en tu estandarte puso: «Será un poeta bueno,
que es gloria de más timbres que el ser un buen poeta.»

Y pues que de sonetos se trata, y ellos son
piedra de toque para probar á los buenos ri-
madores, véase otro que por sí solo hará el
mejor elogio del libro:

SAMARITANA

Libre soy; mas dichoso cambiaría
esta mi libertad por tus cadenas...
¡Oh, de tus manos dulces y morenas
la adorable y eterna tiranía!

Si yo tu esclavo fuese, te daría
todas mis horas, de tu imagen llenas,
toda la ardiente sangre de mis venas...;
y si pidieses más..., más todavía...

Samaritana, el agua que yo quiero
entre las rosas de tus labios mana,
y es Dios el que te puso en mi sendero...

Ayer te amé; hoy te adoro; y si mañana
ves que, sediento de tu amor, me muero,
¿me darás de beber, Samaritana?

Libros recibidos

Obras recientes de la Biblioteca ATENEO.

Remanso de dolor (novela).—José García Mercadal.

Siembras (poesías).—José Martínez Jerez.

POESÍA

Esperanzas y recuerdos.—Segunda edición.—Blanca de los Ríos de Lampé-
rez.—Madrid, 1912.

La gruta.—Ignacio Zaldívar.—Madrid, 1912.

TEATRO

El bobo.—Alejandro Bher.—Madrid, 1912.

NOVELA

Lo inexplicable.—José María Matheu.—Biblioteca Patria, Madrid.

VARIA

Oro y plata.—Flor de pensamientos de varones ilustres.—Barcelona, 1912.

Sueños de noches lejanas.—Ramón Goy de Silva.—Madrid, 1912.

Les peintres futuristes italiens.—París, 1912.

La bataille de Tripoli.—F. T. Marinetti.—Milán, 1912.

Exposición de cuadros de Dario de Regoyos.—Prólogo de Manuel Gálvez.—
Buenos Aires, 1912.

dido William Peters tenía orden la policía de detener á un matrimonio que hará cosa de un mes alquiló una casita, donde hacía vida retirada. Los agentes del Gobierno no han sido en esto tan afortunados. Cuando llegaron al domicilio de la sospechosa pareja ésta había levantado el vuelo, y sólo pudieron incautarse de parte del equipaje, en el cual se han encontrado documentos que demuestran que la estancia de estos individuos en el pueblo costero no era ajena á la permanencia en el mismo del anarquista alemán. También han sido hallados otros papeles comprometedores y recetas de fabricación de explosivos.»

—¡Hola, hola! Entonces, estábamos sobre un volcán—se oye á Gavín.

—Y no falta quien ha estado á punto de estallar—añade Durán.

Cuando Ciro Galo oye esta alusión á Mercedes, se levanta y en tono displicente dice:

—La familia Masnou ha dado por terminado su veraneo y ha salido en el primer tren de la mañana para la capital. Ahora bien; yo quiero hacer constar aquí, señores *masajistas*, que si en este desventurado negocio ha habido *plancha*, la *plancha* ha sido de toda la colonia veraniega; y si fuéramos á registrar los papeles, puede ser que encontráramos no pocos indocumentados. En fin, *intelligenti pauca*.

XII

«Te aseguro que no me entretuve á hacer elegías sobre mi infortunio.»

(LE SAGE: *Gil Blas*.)

Durante la velada en el Casino los comentarios fueron sabrosos y para todos los gustos; pero hasta la mañana siguiente nadie supo en realidad á qué atenerse.

Aunque la mañana está desapacible y el viento de Levante azota los rostros con el desabrimiento de los días otoñales, los *masajistas* se han instalado en un ángulo de la galería que usufructúan por derecho propio. El corro es grande; y domina el elemento masculino.

El Trasatlántico y Jaime Lluçh están locuaces, pero se callan muchas cosas que saben, y se guardan para sus adentros.

Pepito Durán llega con un número de *La Publicidad* en la mano.

—¡Señores, aquí está la clave!

—¿Qué es esto?—interroga Lluch.

—La edición de la mañana, que acaba de llegar.

—Hay un momento de expectación en el concurso. Durán se sienta, todos tratan de aproximarse, y el arrastre de sillas produce unos segundos de confusión.

—Lea usted, lea usted.

Pepito Durán despliega el periódico, y lee con cierta solemnidad:

—«Anoche fué detenido en una de las estaciones de la línea del litoral el súbdito alemán William Peters, muy conocido por sus ideas anarquistas, que estaba reclamado por las autoridades francesas por creérsele comprometido en el proceso que se sigue contra Malato, Vallina y otros, á causa del atentado de la rue de Rívoli. Parece que el arresto de Peters ha causado gran sensación entre la colonia veraniega del hermoso pueblo de la costa donde se ha verificado, pues el tal sujeto, adoptando el nombre de Noël Ruskin, y haciéndose pasar por un artista de nacionalidad rusa, se había captado las simpatías de las familias más distinguidas de la buena sociedad, y en todas las casas y centros por ésta frecuentada era acogido con muestras de señalado afecto.

»Por cierto que la detención de este anar-

quista se ha debido á singulares coincidencias, no á los trabajos de la policía, que, como siempre, anda á ciegas en estos asuntos. Así nos lo asegura persona que puede estar bien informada. El señor ministro de la Gobernación transmitió órdenes al gobernador de la provincia para que indagase quién era el súbdito ruso llamado Noël Ruskin, del que no se tenía dato alguno ni en la Embajada ni en los Consulados, y para el que se había solicitado la cruz de Beneficencia por personas que, por lo visto, gozan de algún valimiento en las altas esferas. Al practicarse las averiguaciones consiguientes se descubrió la verdadera personalidad del osado joven, y se procedió con rapidez á su captura para mandarlo como corresponda á la nación vecina.»

Don Ramón y Jaime cambian una mirada de inteligencia, pero no despliegan sus labios.

—Estuvo usted afortunado, amigo Lluch, cuando bautizó usted á nuestro hombre—dice Vicentito Gavín—. Apenas le han cuestionado sobre su origen, ha tenido Lohengrin que retornar á Montsalvat.

—¡Señores, que no he terminado!—exclama Pepe Durán.

—¿Hay más?

—¡Ya lo creo! Escuchen ustedes:

«En el mismo pueblo donde ha sido sorpren-

Biblioteca ATENEO de Autores Españoles

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA DE ZARAGOZA (1908)

OBRAS CLÁSICAS * OBRAS MODERNAS * OBRAS REGIONALES

POESÍAS TEATRO NOVELAS ACTUALIDAD COSTUMBRES CRÍTICA CUENTOS

OBRAS PUBLICADAS

Los Sitios de Zaragoza, juzgados por los generales de hoy, franceses y españoles.—S. M. el Rey D. Alfonso XIII; generales López Domínguez, Primo de Rivera, Bonnal, Gallieni, Bazaine-Haiter, Azcárraga, Weyler, Polavieja, Ochando, Luque, Martítegui, González Parrado, Echagüe, Suárez Inclán, Hore, Marvá y Madariaga. Epílogo del teniente coronel Ibáñez Marín. Retratos y autógrafos. (Edición de lujo.)—Precio: 10 pesetas.

Romancero de los Sitios de Zaragoza.—Fernández Shaw, Sancho, Gil, Cavestany, Larroder, Taboada, Ber-naldo de Quirós, Enciso, Navas, García Redel, Cortines Murube, Valenzuela, Pomar, Fernández y González, Lassa, Aquino, Guijarro, Ruéda, Rey, Gill, González Amurrio, Val, Bonilla, Alonso, Rodao, Abellán y San-doval. Prólogo de Mariano Miguel de Val. Profusión de grabados. (Edición de lujo.)—Precio: 5 pesetas.

El placer de amar (novela).—Daniel López Orense.—Precio: 3 pesetas.

Cancionero (poesías).—Manuel de Sandoval, catedrático y correspondiente de la Real Academia Española. Precio: 3,50 pesetas.

Silba de varia lección.—Función de desagracios en honor del insigne Lope de Rueda, desafortadamente co-mentado en la edición que de sus *Obras* publicó la Real Academia Española, valiéndose de la péñola de don Emilio Cotarelo y Mori.—*El Bachiller Alonso de San Martín*.—Precio: 2 pesetas.

Homenaje á Federico Mistral.—Paul Révoil, Rubén Darío, Teodoro Llorente, Díez-Canedo, Fernández Shaw, Machata, Machado, Mesa, Pérez de Ayala, Val y Bonilla.—Precio: 1,50 pesetas.

Los orígenes de la religión.—Edmundo González-Blanco.—Dos tomos.—Precio: 10 pesetas.

Educadores de nuestro Ejército.—Obra póstuma de José Ibáñez Marín. Prólogo del general de brigada Excmo. Sr. D. Federico de Madariaga. Retratos, autógrafos, etc.—Precio: 4 pesetas.

La revolución y los intelectuales.—Ramiro de Maeztu.—Precio: 1 peseta.

Remanso de dolor (novela).—José García Mercadal.—Precio: 3,50 pesetas.

Siembras (poesías).—José Martínez Jerez.—Precio: 3,50 pesetas.

El hijo de Parsifal (novela).—Rafael Pamplona.—Precio: 2,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Novelas escogidas.—Varios autores.

Estudios de crítica literaria.—Adolfo Bonilla y San Martín.

Biblioteca ATENEO de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

Poema del otoño y otros poemas.—Rubén Darío.—Precio: 3,50 pesetas.

El viaje á Nicaragua (prosa y verso).—Rubén Darío.—Precio: 4 pesetas.

EN PREPARACIÓN

De otros huertos (versiones).—Balbino Dávalos.

OBRAS ESPECIALES

Colección "Oro viejo,,

Contendrá reproducciones de joyas literarias clásicas hasta ahora casi desconocidas ú olvidadas. Las edi-ciones se ajustarán escrupulosamente á los textos más dignos de fe é irán precedidas de introducciones his-tórico-críticas.

DOBLÓN I.—**Entremeses del siglo XVII** atribuídos al Maestro *Tirso de Molina*, con una Epístola históricocrítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 250 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

DOBLÓN II.—**Vejámenes literarios**, por Jerónimo de Cáncer y Velasco y Anastasio Pantaleón de Ribera (siglo XVII), anotados y precedidos de una Advertencia histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 300 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

Nuestros grandes oradores

Esta colección se formará de pequeños volúmenes, cada uno de los cuales contendrá dos discursos escogidos, retrato y el facsímile de uno de nuestros oradores insignes, tales como Castelar, Moret, Echegaray, Costa, Palmerón, Maura, Canalejas, Azcárate, etc.

I.—**Segismundo Moret.**—Propaganda liberal.—Precio: 2 pesetas.

Ediciones "Gran lujo,,

Tiradas especiales de importantes obras.

Alfonso XIII.—Rubén Darío.—Semblanza del Rey de España escrita para *La Nación*, de Buenos Aires. Edición de 200 ejemplares en 4.º mayor, papel inglés, y seis en papel Japón. Retratos de SS. MM. D. Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina.—Precio: 5 pesetas.

Paz de Borbón.—Mariano Miguel de Val.—Semblanza.—(En preparación.)

Se admiten suscripciones á la **Biblioteca**, lo cual da derecho á recibir francos de porte los libros que se publiquen y á disfrutar un 25 por 100 de rebaja en el precio de cada tomo.

Dirección y Administración: Serrano, núm. 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL = PONTEJOS, 8.—MADRID

VOLUMENES DE 250 A 400 PÁGINAS, LUJOSAMENTE IMPRESOS, CON ARTÍSTICAS CUBIERTAS EN COLORES

LIBROS RECIENTEMENTE PUBLICADOS

	Pesetas
S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO	
Puebla de las Mujeres.....	3,00
COMEDIAS ESCOGIDAS	
Tomo V y último: La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.....	3,50
PÍO BAROJA	
Las inquietudes de Shanti Andía, <i>novela</i>	3,50
El árbol de la ciencia, <i>novela</i>	3,50
JOAQUÍN BELDA	
Alcibiades-Club, <i>novela</i>	3,50
RUBÉN DARÍO	
Todo al vuelo.....	3,50
CONCHA ESPINA	
Agua de nieve, <i>novela</i>	3,50
ANATOLE FRANCE	
Los dioses tienen sed, <i>novela</i>	3,50
ALBERTO INSÚA	
El demonio de la voluptuosidad, <i>novela</i>	3,50
Las flechas del amor, <i>novela</i>	3,50
RICARDO LEÓN	
Alivio de caminantes.....	3,50
Los centauros, <i>novela</i>	3,50
RAFAEL LÓPEZ DE HARO	
Poseída, <i>novela</i>	3,50
LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA	
Carne de relieve, <i>novela</i>	3,50
J. LÓPEZ SILVA	
La musa del arroyo.....	3,50
ANTONIO MACHADO	
Campos de Castilla, <i>poesías</i>	3,50

MANUEL MACHADO	
Cante hondo, <i>poesías</i>	
EDUARDO MARQUINA	
La alcaidesa de Pastrana.....	
El rey trovador.....	
G. MARTÍNEZ SIERRA	
El poema del trabajo.—Diálogos fantásticos.—Flores de escarcha. (Segunda edición.).....	
Sol de la tarde, <i>novelas</i> . (Segunda edición.)	
Teatro de ensueño. (Tercera edición.).....	
RAMÓN PÉREZ DE AYALA	
La pata de la raposa, <i>novela</i>	
CONDESA DE PARDO BAZÁN	
Belcebú, <i>novelas</i>	
LA LITERATURA FRANCESA MODERNA	
II. La transición.....	
JACINTO OCTAVIO PICÓN	
OBRAS COMPLETAS	
IV. Mujeres, <i>novelas</i>	
SANTIAGO RUSIÑOL	
Un viaje al Plata.....	
RUSIÑOL Y MARTÍNEZ SIERRA	
Vida y dulzura.....	
FELIPE TRIGO	
El médico rural, <i>novela</i>	
MIGUEL DE UNAMUNO	
Soliloquios y conversaciones.....	
FRANCISCO VILLAESPESA	
El espejo encantado, <i>poesías</i>	
El Alcázar de las Perlas.....	

BIBLIOTECA POPULAR

	Pesetas
I. PÍO BAROJA.—La casa de Aizgorri, <i>novela</i>	1,00
II. FELIPE TRIGO.—Así paga el diablo, <i>novelas</i>	1,00
III. ALBERTO INSÚA.—En tierra de Santos, <i>novela</i>	1,00
IV. S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO.—Drama, comedia y sainete.....	1,00

V. JOAQUÍN DICENTA.—Galerna, <i>novelas</i>	
VI. RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—La imposible, <i>novela</i>	
VII. CONDESA DE PARDO BAZÁN.—Cuentos trágicos.....	
VIII. EDUARDO MARQUINA.—Elegías.....	

La "Biblioteca Renacimiento"

tiene á la venta todas las obras de los autores siguientes: Leopoldo Alas (Clarín), S. y J. Álvarez Quintero, Edmundo de Amicis, Pío Baroja, Joaquín Belda, Jacinto Benavente, Pablo Bourget, Mariano Bueno, Rubén Darío, Alfonso Daudet, Joaquín Dicenta, Concha Espina, Carlos Fernández S. Anatole France, Alberto Insúa, Juan R. Jiménez, Ricardo León, Rafael López de Haro, J. López Sillos, José López Silva, Antonio y Manuel Machado, Eduardo Marquina, José Martínez Ruiz (Azorín), Gregorio Martínez Sierra, Condesa de Pardo Bazán, Ramón Pérez de Ayala, Benito Pérez Galdós, Jacinto Octavio Picón, Santiago Rusiñol, Felipe Trigo, Miguel de Unamuno, Mariano Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Julio Verne, Francisco Villaspesa.

